

Las voces del silencio □□

Alejandra Abraham □□



# Capítulo 1

Sin espadas ni varitas

Levanté una rama que reposaba sobre el pasto húmedo. La blandí en el aire como si fuera una espada y me imaginé como un valiente caballero. Di una vuelta por el jardín y me detuve al llegar al buzón de la entrada. Tenía más o menos mi altura, por lo que lo consideré un oponente digno. Empuñé la rama con ambas manos y arremetí contra él, pero era demasiado poderoso. En instantes, mi arma quedó reducida a unos trozos de madera.

—Ganarás la próxima batalla —dijo mi padre que acababa de llegar a casa.

Abracé su pierna y él me despeinó. Cuando me separé, miré hacia arriba y el sol me obligó a entrecerrar los ojos. Era extraño, porque él no solía llegar a casa hasta el anochecer.

—Hola, papá. ¿Podemos ir a buscar una espada nueva? —pregunté.

—Después, Fede. Jugá un rato más por acá y más tarde vamos a la plaza a ver qué encontramos —me prometió.

Lo observé hasta que entró al comedor entornando la puerta detrás de sí. Pensé que se había olvidado de que debía quedar abierta de par en par cuando yo estaba jugando afuera. Seguí sus pasos hasta la entrada sin hacer ruido y contuve la respiración para escuchar sin llamar la atención.

Mi papá estaba actuando de forma muy sospechosa y la última vez que algo así había ocurrido, descubrí que era él quien me dejaba los regalos de Navidad en el arbolito. Claro, aunque yo había permitido que los adultos pensaran que todavía creía en Papá Noel, porque no estaba listo aún para renunciar a recibir juguetes.

Esperé durante algunos segundos y como no escuchaba nada, entré al comedor. Mis padres no estaban allí, así que me dirigí a la puerta de su habitación. Mi mamá estaba acostada y su enorme panza no me permitía verle el rostro. Pronto me convertiría en hermano mayor.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó mi mamá.

—Voy a encontrar otro trabajo. No te preocupes —le prometió.

—¿Y el parto? ¿Cómo lo vamos a pagar?

—Tenemos nuestros ahorros en el banco. Seguro que ya no va a estar más el corralito para cuando Bianquita llegue.

—No creo... Para mí no vamos a poder sacarlos nunca más.

—Bueno, de última vamos a un hospital público... ¡Qué sé yo!

No me gustaba ver a mi mamá triste y olvidando que quería pasar desapercibido corrí hacia ella.

—¡Fede! —exclamó mi padre cuando me subí a la cama y la abracé.

—¿Por qué estás llorando, mamá? —pregunté y en un intento de secar sus lágrimas le metí un dedo en el ojo.

Ella se quejó, pero por algún motivo sonrió y mi papá también. Los dos me abrazaron e intenté escabullirme en vano. Una vez que nos separamos, mi padre dijo:

—Voy a pasar más tiempo en casa, pero no vamos a poder comprar tantas cosas como antes.

—¡Buenísimo! ¿Vamos a la plaza y festejamos que vas a pasar más tiempo en casa? —pregunté y le regalé una sonrisa.

No me importaba comprar cosas, solo quería estar más tiempo con él. Mi madre pasaba mucho tiempo en cama y yo no tenía amigos de mi edad. Mis padres habían intentado convencerme de que si me quedaba en el jardín, podría conocer niños con los que jugar, pero no me gustaba ese lugar. La sala olía feo, la maestra gritaba y el tiempo allí pasaba más lento. Así que las veces que me habían llevado tuve que llorar con todas mis fuerzas para que me escucharan y fuesen a rescatarme. Había funcionado, porque hacía tiempo que no insistían en dejarme en aquel sitio tan feo.

Los días siguientes fueron geniales para mí porque mi papá y yo íbamos a la plaza todos los días. Recuerdo que solíamos transformar las ramas que encontrábamos en espadas o varitas mágicas; incluso había conocido algunos niños que, aunque eran un poco más grandes, me invitaban a jugar con ellos. Conversábamos sobre superhéroes cuando nos sentábamos a comer galletas y a tomar mate cocido en un comedor que quedaba cerca de mi casa.

Como el doctor le había dicho a mi mamá que tenía que hacer reposo, yo pasaba mucho tiempo con mi papá. Nos teníamos que despertar muy temprano para salir a buscar tesoros ocultos que esperaban dentro de bolsas negras, aunque algunas veces solo encontrábamos basura y una vez me hice un corte en la yema del pulgar que me sangró bastante. No

me dolía tanto, pero al ver que mi papá se asustó, me puse a llorar. Cuando llegué a casa, mi mamá me desinfectó la herida con alcohol, me dio un beso de esos que curan y me puso una curita del Hombre Araña.

—¡No lo llevás más a Fede a revolver en la basura! ¡Es peligroso! —le advirtió ella.

Quería seguir buscando tesoros y aunque me prometieron que así sería, mi papá comenzó a salir de casa antes de que me despertara. Yo hacía mi mejor esfuerzo para no dormirme, pero las horas se hacían muy largas y el sueño me envolvía antes del alba.

Para que no me pusiera triste mientras lo esperaba, un día me regaló una nave espacial. La había construido con una caja enorme en la que yo entraba sentado. Además, le había diseñado un tablero de control con tapas de botellas de distintos colores. Se convirtió en mi juguete favorito, aunque extrañaba cuando salíamos a explorar el barrio juntos.

Cuando mi dedo se curó, mi mamá me permitió acompañar nuevamente a mi papá en la búsqueda del tesoro. La condición era que no me dejara revisar las bolsas a mí. Ambos aceptamos sin pensarlo. Estaba feliz siendo parte del equipo y mi tarea era vigilar mientras él seleccionaba aquello que nos podía ser útil o que podría vender más tarde.

Mi padre era la persona más sociable del mundo y en nuestros viajes por el barrio se había hecho un montón de amigos. A mí también las personas me saludaban, pero como siempre fui tímido, prefería esconderme detrás de las piernas de él mientras aceptaba los regalos. Los mejores eran los del panadero de la esquina que nos guardaba pan y facturas cuando le sobraban del día anterior.

El único defecto de mi padre era que cocinaba muy mal. Siempre se le quemaban las tostadas, pero después, les raspaba la parte negra y me las dejaba a mí. Él se comía las más feas, pero decía que le gustaban así, crocantes y carbonizadas.

—¡Dale, Fede! ¡Salgamos! —decía él cuando el barrio jugaba a la murga.

Entonces, salíamos a la vereda como el resto de los vecinos. Algunos golpeaban las ollas con un palo, otros solo llevaban las tapas de las cacerolas. A mí, mi mamá me prestaba el jarrito para calentar la leche y yo le pegaba con una cuchara.

—Que se vayan todos —decíamos, acompañando nuestros cantos con los instrumentos de percusión improvisados.

—¿A dónde tienen que irse todos? —le pregunté un día a mi papá.

—En realidad no son todos. Es una forma de decir. Queremos que los políticos se vayan, Fede. Se tienen que ir del Gobierno y nos tienen que dejar de robar —me explicó.

Una vez que entendí más o menos el mensaje, salí con mi jarrito y grité más fuerte que nunca. Ese día grité tan fuerte que hasta me hicieron caso. No lo podía creer.

—¡Vení, Fede! Mirá, te escucharon. El Presidente se va. Se está escapando en helicóptero —dijo mi papá señalando la televisión.

Tenía solo cuatro años cuando gané mi primera batalla en la lucha contra la pobreza. No necesité espadas, ramas ni varitas mágicas, solo un jarrito, una cuchara sopera y mi propia voz, que era la misma que la de todos los que me acompañaban ese día.

*Dedicado a todas las personas que vivieron la crisis argentina del año 2001.*

## Capítulo 2

Fantasma azul

Recorrí con la yema de los dedos tu nombre grabado en nuestro banco de madera. Ese es el que nos sentábamos todos los domingos a esperar el tren que nos llevaba hasta Morón. No es que la plaza en la que nos reuníamos los fines de semana con los chicos fuera especialmente bonita, pero se había vuelto una costumbre que solo nos atrevíamos a romper en casos de fuerza mayor. Esa fue la primera vez que sentí tu ausencia, pero no me dolió y, en definitiva, no entendí la magnitud de lo que significaba. No, en ese momento solo supuse que tu tía te había castigado... otra vez.

Viajé sola ese día y, por algún motivo, el camino me pareció más largo de lo que recordaba. Quizás porque no había llevado nada para leer o porque simplemente conversar con vos hacía que el viaje fuera mucho más ameno. Debo confesar que en ese momento te culpé, apenas un poquito, lo siento.

El rítmico traqueteo del tren sobre las vías me fue adormeciendo y me sobresalté cuando alguien carraspeó a mi lado. Por la ventana solo se veían las típicas casas pintadas de un color añejo y algún que otro transeúnte que se aventuraba a salir bajo el sol de la tarde.

—Disculpe —articulé aún adormilada y le cedí mi asiento a una mujer vestida de verde.

Una vez en la estación de Morón, la brisa fresca de finales de verano me recibió y me despecé mientras la locomotora color ámbar se alejaba hacia el infinito. Observé mi reloj y las agujas indicaban que faltaban quince para las tres. Si me daba prisa, llegaría elegantemente tarde.

Caminé las calles que separaban la estación de la plaza y me pregunté qué tan graves serían los problemas en los que te habías metido esta vez. Quizás podría pasar luego por tu casa, aunque, conociendo a tu tía, sería mejor esperar al lunes y preguntarte en la escuela por qué no te habían dejado salir.

Te conocía bien y, aunque nunca lo dijeras en voz alta, sabía que cuando en tu casa se ponían tan estrictos era cuando extrañabas más que nunca a tu madre. Ella era mucho más permisiva, incluso te había dejado venir a estudiar a Buenos Aires, aunque eso significaba trabajar doble turno atendiendo a turistas en un bar de mala muerte en Entre Ríos. También sabía que cada peso que ganabas trabajando en casa se lo mandabas para ayudarla a ella y a tus hermanos. No me importaba sacrificar un poco de mi paga semanal, de vez en cuando, en nuestras salidas. Valía la pena

verte sonreír.

En la plaza me encontré con Claudia y su novio de turno. Mi amiga era una de esas chicas ricas de los setenta que se vestían como hippies para parecer rebeldes. Los saludé con un beso en la mejilla. El chico se presentó, pero por más que lo intente no logro recordar su nombre.

Guille, Carla y los demás llegaron poco después y pasamos la tarde debajo de un viejo árbol. Tu nombre estuvo muy presente y también tu ausencia, a la que resté importancia, pero solo de palabra.

En casa me concentré en tratar de ignorar los gritos de mi madre por haber llegado después de la hora pactada, por lo que casi no tuve tiempo de pensarte. No fue hasta la hora de la cena, cuando estuvimos reunidos alrededor de la fuente de ñoquis con salsa bolognesa, cuando tu nombre volvió a pasear por mis pensamientos y el culpable de eso fue mi tío.

—¡Qué raro que Luis te haya traído tan tarde a casa! —comentó sirviéndose una generosa porción.

—No vino —me limité a responder.

—No me extrañaría que estuviera castigado otra vez —comentó con saña mi hermano y lo miré entrecerrando los ojos.

—No es eso. No pudo venir y ya... —dije sintiendo que tenía que defender tu honor, aunque muy en el fondo yo sospechara lo mismo que él.

—Espero que mañana pueda pasar por casa después de la escuela. Tenemos que terminar esos planos antes del jueves —comentó mi tío, que siempre que su trabajo de arquitecto lo sobrepasaba, recurría a tus habilidades artísticas.

Todos los que te conocíamos estábamos convencidos de que tu talento estaba para mucho más que para hacer algunos planos, pero por el momento los cuadros no pagaban la renta y mi tío estaba más que feliz de poder ayudar a mejorar tu situación económica.

—¿Puede venir Luis a comer? —pregunté mirando a mi madre que ya no fruncía el ceño y parecía haber olvidado lo decepcionada que estaba porque yo hubiera llegado tres minutos tarde.

—Decile que va a haber milanesas —aceptó.

Mi hermano soltó un bufido y yo le regalé mi mejor y más falsa sonrisa.

A la mañana siguiente, perdí un tren solo por esperarte y preparé un buen discurso para hacerte sentir culpable si habías ido a la escuela sin mí. Me

pregunté si acaso habría hecho algo para que te enfadaras conmigo.

Dos días sin verte. Ni siquiera habías ido a la escuela. Eso solo podía significar que estabas enfermo y eso es lo que le dije al profesor de Matemáticas cuando me preguntó por qué no habías asistido a la entrega de trabajos prácticos que teníamos pautada desde principio del curso.

—¿No venía a comer Luis? —preguntó mi madre cuando entré a casa cerrando la puerta con rabia. No sé por qué, pero estaba enojada. Pensé que si esperabas que mintiera por tu ausencia, por lo menos me podrías haber avisado. Estaba más que enojada y, una vez más, lamento eso.

—No se sentía bien. No vendrá —respondí conteniendo la rabia.

—Seguro que tiene resaca —aventuró mi hermano con malicia, tirado en el sofá con su uniforme de colegio privado.

Eran las ventajas que tenía por no ser tan listo como para entrar en la escuela pública. Por su causa mi mamá y mi tío tenían que sacrificar lo que no tenían. Yo tenía que conformarme con lo que sobraba... No tuve ganas de discutir y me encerré en mi cuarto para escuchar un disco de una de esas bandas por las que mi madre consideraba que acabaría en el infierno.

Aquel martes la estación estaba llena de gente, pero yo la sentí vacía. La rabia se hizo a un lado para que la preocupación pudiera reemplazarla y, sin dudas, era mucho peor.

—¿Hoy no vino Luis? —me preguntaron alumnos y profesores, como si ser tu mejor amiga me diera alguna especie de superpoder para saber todo lo que hacías.

—No —respondí, una y otra vez, sin entrar en detalles... No los tenía.

Asumí sin mucha convicción que estabas enfermo y que pronto volverías. En parte porque tenía examen de Literatura y en parte porque esperaba que si te habías ido a Entre Ríos a visitar a tu familia, me lo hubieras dicho. Algunas veces eras demasiado reservado...

El sábado no pude aguantar más la incertidumbre y decidí pedirle prestado el teléfono a la vecina. Claudia era la única de mi grupo de amigos que tenía teléfono, básicamente porque había nacido en una familia con recursos y su padre se codeaba con gente importante... con políticos y militares.

—¿Todo bien? —preguntó Claudia al escuchar mi voz.

—Sí —mentí, quizás porque es lo que todo el mundo espera que alguien responda a una pregunta como esa.

Mi vecina no había abandonado su sala y no me atrevía a hablar con completa libertad.

—¿Cómo está Luis? —interrogó y sentí como si se me encogiera el corazón.

—Hace más de una semana que no sé nada de él. ¿Sabés algo? —respondí con sinceridad, por primera vez después de tantos días.

—¿Cómo voy a saber algo yo si es tu... tu amigo? —continuó y sentí que estaba a la defensiva.

—También es tu amigo, ¿no? —retruqué.

—Sí, pero bueno... Ustedes están siempre juntos... por la escuela... o el trabajo. ¡Qué sé yo!

—Bueno, no lo veo desde hace un montón y... estoy preocupada —dije casi con un hilo de voz, pero al pronunciarlo la realidad me golpeó con fuerza y una pequeña herida comenzó a formarse en mi pecho.

—¿Puedo ir para allá y vamos juntas a su casa? —sugirió, aunque el timbre de su voz denotaba que no quería hacerlo.

—Sí, dale. Te paso a buscar por la estación. ¿Te parece? —pregunté, porque no tener noticias tuyas me comenzaba a carcomer por dentro.

—Está bien... Esperá que le pregunto a mi mamá —dijo y me dejó esperando en la línea por unos minutos que se hicieron más largos al observar el ceño fruncido de mi vecina cuyo único pasatiempo era escuchar conversaciones ajenas, pero no dudaba en cobrarse el favor de prestar el teléfono en cuanto pudiera.

—Perdón, hoy tengo que ir a ver a mi abuela, pero mañana a la tarde podemos ir... Seguramente los chicos van a poder vivir un día sin nosotras —comentó Claudia en voz baja al otro lado del teléfono.

—Bueno... Nos vemos mañana —dije y colgué sintiendo que se me formaba un nudo en la garganta.

Le agradecí a mi vecina y volví a mi casa. La música no evitaba que las horas pasaran más lentas que nunca y estuve a punto de agradecerle a mi hermano cuando empezó a molestarme.

—Estoy tratando de estudiar. ¿No tenés nada mejor que hacer que escuchar todo el día a estos cuatro flacos a los que parece que una vaca les lamió el pelo? —gritó desde el otro lado de la puerta.

—¡No! ¡A mí no me cuesta tanto todo como a vos! —grité y sonreí apenas al escuchar sus pasos por el pasillo.

Mi triunfo duró poco y me gané una reprimenda por parte de mi madre. Mi hermano la había ido a buscar y casi tuve que rogar para que no me castigara. No me podían castigar. Si no averiguaba pronto qué te había pasado, acabaría por volverme loca.

Esa noche te soñé. No era la primera vez que soñaba con vos, pero no fue como las demás. En general, si visitabas mis sueños, lo hacías de forma divertida o, en el peor de los casos, para hacerme sentir avergonzada. Sin embargo, esta vez fue distinto... Fue mucho peor.

Me encontraba debajo de un árbol, pero no era un árbol frondoso y alegre, como el nuestro de la plaza de Morón. Es difícil describirlo con palabras, pero al recordarlo no puedo evitar que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Estamos aquí debajo —me dijiste en el sueño y aunque te busqué no pude hallarte.

Me desperté envuelta en sudor frío con el presentimiento o más bien con la certeza de que algo malo te había sucedido. Abracé mi almohada y apreté los ojos muy fuerte hasta que un rayo de sol recién amanecido despejó las sombras de mi habitación y disipó un poco el miedo de mi alma.

Después del almuerzo caminé hacia la estación, haciendo el mismo camino que tantas veces habíamos hecho juntos. Me senté en nuestro banco sintiendo la frente tensa y el estómago anudado. Alguien había escrito en azul, sobre los surcos de tu nombre, una leyenda que rezaba la letra de una banda de rock y, aunque yo amaba la música, lo interpreté como un insulto. Me llevé a los labios la yema del pulgar y froté la tinta hasta hacerme daño. No había conseguido borrarlo del todo, pero al menos ya nada se leía sobre tu nombre. Todavía había vestigios, como si un fantasma azul intentara cubrir tu nombre, pero me di por satisfecha.

El ferrocarril apareció a lo lejos y a medida que se acercaba se hacía más grande. Suspiré aliviada cuando distinguí a Claudia caminando en el andén entre la multitud. Me levanté y avancé hacia ella a grandes zancadas. No era algo típico de mí, pero sentí que necesitaba abrazarla y no fue necesario decir nada para que ella me rodeara también con sus brazos. Era uno de esos momentos en los que no se sabe muy bien qué es lo que sucede, pero se tiene la certeza de que todo está completamente

mal.

Me embargó cierta sensación de remordimiento, porque aunque vivieras a menos de cinco calles de mi casa, había necesitado que Claudia viniera desde Morón para ir a verte. Puedo imaginarte poniendo los ojos en blanco o negando con la cabeza y mordiéndote el labio inferior, si te hubieras enterado. En mi defensa, creo que una parte de mí sabía lo que ocurría y estaba posponiendo ese momento lo máximo posible.

Mientras caminábamos, ninguna habló. Bueno, creo que Claudia intentó sacar algún tema de conversación, pero yo no estaba de ánimos para decir nada.

—Esta es su casa —dije y esperé que fuera mi amiga la que golpeará la puerta.

Permanecí varios segundos observando la poca pintura azul que conservaba el viejo portal y di un paso atrás cuando el pestillo giró.

—¿Qué quieren chicas? —nos preguntó tu tía y aunque mantenía la puerta entrecerrada me pareció que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Está Luis? —pregunté rápido porque tuve la sensación de que si me demoraba un segundo nos diría que nos fuéramos de allí.

—No —dijo y efectivamente tuve que colocar la mano para evitar que se cerrara la puerta.

—¿Dónde está? —insistí.

—No sé. Se habrá ido a Entre Ríos —sugirió y, aunque era una mujer muy seria, su voz se escuchó quebrada.

—¿Cómo que no sabe? Él no se iría sin avisar... Tenemos que ir a la policía —dije intentando no alzar la voz que me salió más aguda de lo normal.

Busqué apoyo en la mirada de Claudia, pero sus ojos verdes estaban enrojecidos y observaba el asfalto como si nunca lo hubiera visto.

—No... Déjenlo así....

—¿Por qué? —pregunté sintiendo que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—Porque si van con la policía, van a desaparecer ustedes también.

No sé si me dijo algo más ni si hablamos con Claudia sobre lo que había pasado. Solo recuerdo que me encerré en mi cuarto por primera vez

consciente de tanto dolor y tanta muerte. Me pregunté una y mil veces por qué tenía que pasarte algo así... Si siempre me hacías reír, si no te metías en política. Y si a veces metías la pata, solo era para ayudar... Si eras tan inocente que hacías cruces de sal en la noche para proteger a tu familia del lobizón. Hasta ese momento pensaba que solo podían pasarle ese tipo de cosas a los malos... los locos o a los desconocidos y no a los chicos como nosotros... Pero, bueno, yo no sabía o no quería ver lo que pasaba. Nadie tenía que desaparecer en ese momento... ni ahora... ni tiene que pasar algo así, nunca más.

*Dedicado a Luis y a los treinta mil desaparecidos durante la última dictadura militar argentina.*

## Capítulo 3

La bailarina de las doce

La vi por primera vez justo cuando terminaba el peor día de mi vida. Lo recuerdo bien porque miré el reloj antes de abandonar mi nueva y poco confortable habitación. Ella bailaba sin música bajo la luz tenue de la luna y algo en esa danza me hizo olvidar por un instante lo infeliz que era. Sin embargo, el hechizo se rompió en cuanto me descubrió observándola y decidió interrumpir sus movimientos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Me estás espiando? —preguntó con una voz que no reflejaba ni miedo ni enojo. Parecía más bien como si quisiera burlarse de mí.

—No... Yo solo estaba... Me acabo de mudar. Mi hermana alquiló esta habitación —atiné a decir y señalé la puerta cerrada a mis espaldas.

—Eso ya lo sé. Los vi llegar hoy hace un rato. Se perdieron la cena. Te pregunté si me estabas espiando —dijo y se cruzó de brazos apoyando su espalda y la planta de su pie descalzo sobre una de las columnas del patio.

—No, solo salí a tomar un poco de aire y no te quise interrumpir —expliqué y mis palabras se escucharon un poco más firmes que antes.

La joven tenía el cabello castaño recogido en un rodete aunque varios mechones rebeldes se deslizaban por su frente. Las calzas negras y el top que llevaba se ceñían a su delgado cuerpo y resaltaban su figura.

—¿Qué te pareció?

No sabía a qué se refería, así que guardé silencio.

—El baile, ¿te gustó? —insistió.

—No sé —respondí.

—Soy un desastre... Seguro que desapruebo la coreografía de gimnasia. Mejor mañana me rateo del colegio y listo.

—No. Estuvo bien... Eso creo. No sé nada sobre danza —agregué intentando enmendar la mala impresión que casi con seguridad le había causado.

—Bueno, puede que vaya. ¿Fumás? —preguntó sacando un paquete de

cigarrillos de su top.

—Claro —dije mientras me acercaba a ella.

Jamás había fumado en toda mi vida y sabía muy bien que si mi hermana me veía, no viviría lo suficiente como para ver el siguiente amanecer.

—Me queda uno solo —comentó sacando el cigarrillo y un encendedor rosa del paquete.

—Tranquila, es tuyo —me apresuré a decir aliviado.

—No, no te preocupes. Lo podemos compartir.

Se llevó el cigarrillo a los labios y lo encendió. Arrugó el paquete y lo lanzó por la medianera que daba al patio del vecino. Debo haberla mirado con desaprobación porque exhaló una bocanada de humo y me explicó:

—El vecino es un viejo verde. Se merece eso y mucho más. Ya sé que no me preguntaste, pero me resulta raro estar hablando y no habernos presentado, soy Taly.

—Yo soy Nicolás. Lindo nombre Taly... ¿Es diminutivo de Natalia?

—pregunté y me arrepentí apenas lo hice. Seguramente debía estar pensado que era un tonto.

—Sí.

Se hizo un silencio incómodo hasta que me ofreció el cigarrillo. Lo tomé intentando controlar el temblor de mi mano y me lo llevé a los labios del mismo modo que ella lo había hecho. Inhalé el humo y sentí que un horrible sabor amargo me invadía la boca. Cuando el humo llegó a mi garganta, comenzó a escocerme. No pude evitar toser y sentir que me ahogaba. Cuando me calmé, le devolví el cigarrillo. Ella se reía.

—No seas boludo, Nico. No tenés que hacer todo lo que hacen los demás. Me voy a dormir. Te veo mañana a las siete para desayunar —dijo a modo de despedida y me dio un beso en la mejilla.

Arrojó el cigarrillo encendido hacia la casa del vecino y se fue hacia su habitación que daba al patio, como todas las demás. Me quedé observándola hasta que desapareció detrás de su puerta, la tercera de la derecha contando a partir de la entrada.

Volví a mi habitación y encontré a mi hermana aún llorando. Fingía leer un libro con la luz de la mesita de noche encendida. No me dijo nada y yo tampoco a ella. Me metí en la cama sin poder sacarme a Taly de la cabeza. Aunque, en el fondo, los problemas que me habían atormentado

durante el día seguían estando muy presentes. Por mi mente se arremolinaban recuerdos del desalojo, de mi viejo en cana, de las cuentas congeladas, de la directora comunicándome que acababa de perder el año escolar por no poder pagar la cuota y de Taly.

Me desperté a eso de las diez de la mañana con el estómago rugiendo. Mi hermana no estaba en la habitación y su cama estaba hecha. Me había perdido el desayuno y como ya no iba a la escuela, no tenía nada que hacer. Intenté ir a ducharme, pero el único baño de la vivienda estaba ocupado por un señor mayor que alquilaba una de las habitaciones de la casa. Estaba seguro de que me iba a costar muchísimo adaptarme a mi nueva vida. Después de todo, nunca antes había sido pobre.

Fui al comedor y lo encontré vacío. Me dirigí hacia la cocina y me encontré con la señora Lucía Arena, la mujer que nos había alquilado el cuarto.

—El desayuno era a las siete. ¡Llegás tarde! —me reprochó.

—Me quedé dormido. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Taly? —pregunté.

—Mi hija está en la escuela y me parece que vos también tendrías que estar ahí. ¿Tenés hambre?

Mi estómago soltó un rugido respondiendo por mí. No comía nada desde la mañana del día anterior.

—Sentate, te voy a preparar un café con leche y un tostado de jamón y queso, pero que esto quede entre nosotros. A mi marido no le gusta que los huéspedes no respeten los horarios. El desayuno es a las siete, el almuerzo a la una y la cena a las nueve, viene todo incluido con el precio de la habitación.

—¡Muchísimas gracias!

No vi a Taly hasta la hora de almorzar. Llegué puntual al salón comedor porque no quería perderme la comida. Cuando entré, la vi sentada junto a su padre, un hombre corpulento que tenía siempre cara de estar oliendo algo en mal estado. Ella llevaba su uniforme azul de gimnasia.

—¡Hola! —saludé.

Taly apenas levantó la vista del celular y su padre murmuró algo parecido a un saludo. Me senté frente a ella y unos minutos después entró el otro inquilino.

—Jacinto García, a su servicio —se presentó el hombre con una voz que

tenía cierta cadencia de tango antiguo.

Me presenté y volví a mirar a Taly, pero sus enormes ojos castaños no dejaban de evadirme.

—¿Esperamos a Sabrina para comer? —me preguntó la señora Arena sacándome de mis infructuosos intentos por conseguir captar la atención de su hija.

Lo cierto era que no tenía ni idea de dónde estaba mi hermana ni cuándo regresaría.

—Supongo que no —respondí encogiéndome de hombros.

—Decile que la próxima vez que se saltee una de las comidas me avise antes de que cocine. Los tiempos no están para estar desperdiciando nada —me regañó la mujer apoyando una cacerola en el centro de la mesa.

—Cuando la vea, le digo. No se preocupe.

El almuerzo consistió en un espeso guiso de lentejas que estaba rico aunque habría preferido que no lo hubieran servido en un día de tanto calor, por lo que solo pude comerme la mitad de mi porción. El señor Jacinto García se ofreció a terminar lo que yo había dejado y luego se comió también la porción de mi hermana. Cuando terminó, se desabrochó el cinturón y suspiró agotado.

No me apetecía comer postre y le dije al señor García que podía quedarse con mi porción de budín de pan. Salí al patio y agradecí la brisa fresca que me recibió. Me senté en el suelo y apoyé la espalda en una columna. Como habíamos tenido que vender mi celular y mi reproductor de música para pagar nuestra semana de renta en la pensión, no tenía nada que hacer. Solo podía pensar y cuando uno está deprimido, los pensamientos pueden convertirse en auténticas torturas. Por fortuna para mi salud mental, Taly no tardó en llegar a mi encuentro.

—Nico, levántate. Salgamos —ordenó cuando pasó a mi lado y continuó su camino hacia la salida.

—¿A dónde vamos? —pregunté levantándome y tuve que darme prisa para no quedarme atrás.

—Quiero moras —se limitó a responder.

—¿Moras?

—Sí, moras. ¿Nunca las probaste?

—Obvio que las probé, pero me sorprendiste nomás. ¿Vamos a la verdulería?

—No. Ya vas a ver.

Taly caminaba rápido y muy decidida. Pese al calor, llevaba la campera azul de su uniforme de gimnasia y se había puesto la capucha. No pude evitar pensar que era una chica muy extraña, pero algo de esa excentricidad me atraía.

—¿Sabés trepar? —me preguntó deteniéndose en la plaza debajo de un enorme árbol de moras con robustas ramas.

—Puedo intentarlo —dije al tiempo que examinaba algunos nudos en la corteza que podrían ayudarme a subir.

—Mirá que las mejores están arriba. ¡No te vayas a caer! —aconsejó con malicia y comenzó a subir ágilmente.

La seguí avanzando mucho más despacio que ella. Quería asegurarme de tener un buen apoyo para no sufrir la misma suerte que el centenar de moras que yacían aplastadas cubriendo la tierra tantos metros por debajo de la rama en la que me encontraba.

—¡No mires hacia abajo! —me advirtió Taly y me dio la mano para que pudiera acomodarme donde ella estaba sentada.

Taly cortó una mora y se la llevó a la boca cerrando los ojos para degustar el sabor. La imité, aunque yo cerré los ojos, pero no por placer, sino porque me tocó una fruta especialmente ácida. Ella se burló de mí y me hizo sonreír. Me gustaba estar con Taly porque así podía olvidar, al menos por un momento, todos los problemas que tenía.

Pasamos el resto de la tarde en la plaza. Comimos algunas moras dulces y jugosas, aunque la mayoría estaban ácidas. Al bajar del árbol ella me arrojó una mora que recogió del piso y dio a inicio a una pequeña guerra.

—¿Vamos a la hamaca? —preguntó intentando limpiar la fruta de su uniforme aunque solo logró ensuciarse más.

—Dale —respondí; creo que en ese momento le hubiera dicho que sí a cualquier cosa que me propusiera.

Comenzó a correr y luego gritó.

—¡El último tiene cara de sapo!

—¡Qué tramposa! —me quejé y salí corriendo tras ella, aunque sabía que perdería.

Entramos al arenero, había tres hamacas y solo una estaba ocupada por un niño. Nos sentamos en las dos que estaban libres y comenzamos a hamacarnos lo más alto que podíamos. Ninguno lo había dicho, pero estaba claro que era una competencia. El pequeño se asustó de nosotros y se marchó con su madre que lo esperaba leyendo una revista.

Habían pasado años desde la última vez que me había divertido tanto en los juegos de una plaza. No me hamacaba desde que era pequeño y mi madre aún estaba viva.

—¡Saltá! —ordenó Taly desafiante.

—¿Estás loca?

—¿Por qué?

—Nos vamos a matar.

—No creo que nos matemos. A lo sumo, nos golpeamos un poco.

—Yo prefiero no golpearme.

Vi cómo Taly volaba por los aires hasta aterrizar en cuclillas sobre la arena. Su destreza me inspiró confianza y me solté de la hamaca, pero no tuve tanta suerte como ella. Caí a gran velocidad y con todo mi peso sobre las rodillas. Aunque atiné a poner las manos para frenar el impacto y no golpearme la cara, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Cuidado! —me advirtió.

Estuve a punto de decirle que era tarde para eso, pero la madera de la hamaca me golpeó en la nuca. Me dejé caer de costado y me llevé las manos a la cabeza. Me dolían las palmas y las rodillas raspadas, pero nada se comparaba con el dolor punzante que sentía en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó acercándose y deteniendo la hamaca.

—Sí —mentí aún hecho un ovillo en la arena.

—¿Por qué saltaste? —me reprendió.

—No parecía tan difícil cuando vos lo hiciste.

Taly negó con la cabeza mordiéndose el labio inferior, me miró y dijo:

—¿No ves que sos boludo? No tenés que hacer todo lo que yo hago. Además, si hubiera sabido que tenías la agilidad de un elefante, no te decía nada. Vení, sentémonos un rato en aquel banco.

Me dio la mano y me ayudó a levantarme. Cuando me paré, sentí que los oídos me zumbaban y me mareé un poco.

La seguí con dificultad hasta un banco verde al que le habían rayado un sinnúmero de nombres, letras de canciones y algunas frases obscenas. Ella se sentó, sacó un cigarrillo de un paquete que estaba casi lleno y lo encendió con su encendedor rosa. Me acomodé a su lado. No me ofreció que fumara con ella, aunque tampoco hubiese aceptado.

—Vas a estar bien. Solo no te duermas durante la próxima hora —aconsejó.

La miré y levanté una ceja extrañado, por lo que explicó:

—Eso siempre decía mi mamá cuando me golpeaba la cabeza. Aunque quizás aplica mejor cuando te lastimás por la noche. No tengo idea. Solo sé que si te da sueño y te dormís antes de que pase una hora, es casi seguro que, con un golpe como ese, no te vuelvas a despertar.

—No creo que sea tan así. Yo creo que es un mito como lo de esperar después de comer antes de ir a la pileta.

—¡Eso no es un mito! A una compañera del colegio le dio un calambre por ir a nadar justo después del almuerzo y casi se ahoga.

—Seguro que fue casualidad. A mí me dieron calambres un montón de veces y no había comido nada.

—¿Querés escuchar música? —me preguntó, cambiando de tema porque era evidente que yo había ganado esa discusión.

—¿Qué escuchás?

—Pop en español, ¿te gusta?

Arrugué la nariz, prefería el rock en inglés.

—Por lo menos no es cumbia —dije.

Taly desenredó la maraña de cables que tenía en las manos y me pasó el auricular izquierdo. Me lo llevé al oído y comenzó a sonar una balada española que no estaba tan mal después de todo. Pasamos el resto de la tarde en la plaza escuchando canciones y conversando. Cuando se terminó la batería de su teléfono decidimos que era hora de regresar.

—Cuando lleguemos dejame entrar a mí y más tarde entrá. No quiero que mi viejo se ponga pesado si sabe que salí a solas con un chico —pidió mientras caminábamos y me dio un pequeño codazo en el brazo.

Lo había pasado mejor que nunca en mucho tiempo y se lo debía a Taly.

—¡Qué linda que estás, mamita! —le gritó un vecino que estaba sentado en la puerta de su casa.

Taly le mostró el dedo medio y me dijo en voz baja:

—Te dije que era un viejo verde. Te veo a la hora de cenar.

La vi entrar y me quedé en la vereda consciente de que el hombre tenía los ojos clavados en mi nuca.

—¡Qué lindo caramelito te estás comiendo! —exclamó.

Me di media vuelta y lo miré con el ceño fruncido. Calculé que debía tener unos cuarenta años. Llevaba la barba del día anterior y una botella de cerveza en la mano. La voz de mi hermana me hizo apartar la vista de aquel hombre tan desagradable.

—¡Nico! ¿Qué hacés acá afuera?

Se detuvo frente a mí y me miró de arriba a abajo. Mi ropa estaba cubierta de moras y el pantalón se me había rasgado en la caída dejando al descubierto mis rodillas raspadas.

—¿Estás bien? ¿Esto es sangre? ¿Te pegaron? —preguntó alarmada.

—No, tranquila. No pasa nada. No es sangre, son moras. Estuve jugando en la plaza —respondí con rapidez.

El vecino soltó una carcajada y empezó a aplaudir.

—¡Entrá ya mismo! ¡Vas a tener que lavar la ropa! ¡Pobre de vos si no sale, porque no estamos para comprar nueva! Parece que tuvieras diez años... —me gritó Sabrina y se adelantó para entrar a nuestro cuarto antes que yo.

—Perdón —articuló en voz baja Taly que estaba en el patio.

Entré a la habitación. Mi hermana se había puesto a desempacar la poca ropa que habíamos logrado sacar de nuestro antiguo hogar antes de que la policía nos echara de allí haciendo un innecesario uso de la fuerza.

—¿Dónde estabas? —pregunté con cautela, no quería que me volviera a gritar.

—Lo fui a ver al viejo.

—¿Cómo está?

—¿Cómo va a estar? Está preso —dijo conteniendo la rabia.

—¿Te dijo algo?

—Necesitamos plata para un abogado y mucha más para pagar la fianza.

—Podemos vender los libros —sugerí.

—No te van a dar nada. Necesito encontrar laburo —dijo y llevó una pila de remeras dobladas hasta el armario desvencijado que ocupaba la mitad de la habitación.

—¿Y la facultad?

—Ya fue la facu.

—Pero te estaba yendo re bien...

—Sí, pero estoy en primer año. Me falta un montón para recibirme y la plata la necesitamos ahora.

—Capaz que yo también puedo tratar de encontrar algún trabajo. Total, la escuela no la voy a poder retomar hasta el año que viene.

—Nadie va a contratar a un pendejo de catorce años. Es re ilegal eso.

—No sé, por ahí puedo encontrar alguna changa o algo.

—¿Qué decís? Si no sabés arreglar nada. Mejor andá a lavar esa ropa.

Sabrina tenía razón, no sabía hacer nada.

—¿Dónde la lavo?

Mi hermana se encogió de hombros. Busqué una muda de ropa limpia y Sabrina me prestó un toallón. El aroma a suavizante me recordó a mi hogar y la vida que había dejado atrás.

Crucé el patio, estaba oscureciendo y supuse que Taly se había ido a su habitación. Entré al baño y cerré la puerta detrás de mí. Dejé las zapatillas en la puerta y apoyé la ropa limpia sobre la tapa del inodoro. Abrí la ducha y me metí debajo de ella con la ropa puesta. Nunca había lavado la ropa a mano, pero me pareció una buena idea hacerlo de ese modo. Dejé que el agua caliente se llevara los restos de moras y la arena. Cuando consideré que las manchas que quedaban ya no saldrían, me desvestí, arrojé la ropa mojada al piso y terminé de bañarme.

Durante los siguientes días, mi hermana se despertó al alba para salir a buscar trabajo. Éramos conscientes de que solo habíamos pagado una semana de renta y el contrato estipulaba que ante el primer retraso en algún pago los dueños podrían tomar nuestras cosas y dejarnos en la calle. No era un lugar muy confortable, pero teníamos un techo bajo el que dormir y comida caliente en la mesa todos los días. Además, Taly vivía ahí y me gustaba pasar las tardes con ella en la plaza, en el patio o caminando por el barrio.

—Me parece que hoy sí que tu viejo nos saca a patadas de la habitación —le dije a Taly el domingo—. ¿Por qué no le preguntás a tu mamá si me deja ayudarla en la cocina a cambio de que nos quedemos uno o dos días más?

Se removió incómoda sobre la rama. Cortó una mora y se la arrojó a unas palomas que picoteaban migajas de pan en el suelo. Las aves revolotearon apenas y regresaron al mismo lugar.

—¿Vos sabés cocinar?

—No, pero puedo aprender. También podría lavar los platos, barrer el patio, lo que sea...

—Si querés le preguntó, pero estoy segura de que va a decir que no —dijo mirándome con ternura—. A mi viejo no le gustan para nada ese tipo de intercambios. ¿Por qué no venden algo? Así tienen unos días más hasta que tu hermana encuentre trabajo.

—Ya no nos queda nada. —Golpeé con el puño cerrado el tronco del árbol de moras.

—¿No tienen algún familiar o algún amigo que pueda darles una mano?

—No, ojalá. Todos los que pensamos que eran nuestros amigos se borraron apenas se enteraron de que teníamos problemas. Viste cómo

es... Mi viejo está en cana, mi viejita se me fue al cielo y mi abuela vive en Salta, pero está más tirada que yo —confesé.

—Che, ¿y por qué tu papá está preso?

En ese momento estaba desesperado y Taly se había convertido en la única persona en la que confiaba después de mi hermana. No tenía sentido ocultarle la verdad, así que dije simplemente:

—Drogas.

—Ah. ¿Consumía?

—No, jamás. Dice que esas cosas te queman el cerebro.

—¿Vendía?

—No, tampoco. Al principio cocinaba y tenía gente que repartía. Después el negocio creció y solo se encargaba de administrar —expliqué algo avergonzado.

—¿Cómo lo atraparon?

—Cayó el socio y lo vendió. Seguro que a cambio de que le redujeran la pena. Los perejiles que quedaron afuera se llevaron casi todo lo que quedaba del negocio y la policía se habrá repartido el resto.

—¡Qué lástima, loco! ¡No se puede confiar en nadie! ¿Vos no sabés cocinar?

—No, pero si tu vieja me enseña puedo aprender.

Me golpeó con la mano abierta en el chichón que me había dejado el golpe de la hamaca.

—¿Y eso por qué fue?

—¡No seas nabo! Te preguntaba si sabés cocinar meta o lo que hiciera tu viejo.

—Ah, no. Nunca aprendí.

—¡Qué lástima! Podrías haber tenido un futuro brillante.

—Lo mismo me dijo la directora cuando me echó del colegio.

—Sí, pero lo mío iba en serio. ¡Vení, bajá! Yo te voy a ayudar a que

puedas conseguir la plata y te puedas quedar.

—¿Vas a hablar con tu mamá? —pregunté mientras bajábamos del árbol.

—No.

—¿Entonces? —pregunté; había algo en su mirada que me ponía nervioso.

—Acá no, en la plaza nos ven seguido. Seguime.

La seguí por un laberinto de calles hasta llegar a un pasaje que estaba vacío.

—Tomá —dijo; comprobó que no hubiera nadie alrededor, sacó una navaja suiza rosa de su bolsillo y me la dio.

La miré extrañado y agregó:

—Está buena. Fijate.

Desplegué una lima que estaba gastada, pero también tenía un destornillador, un sacacorchos y una navaja afilada.

—Está un poco vieja, pero por ahí la podemos vender —comenté.

—¡Qué ni se te ocurra venderme la navaja! La tenés que usar para robarle al próximo que pase por acá.

Me reí, pensando que me estaba haciendo una broma, pero al ver que me miraba muy seria le dije:

—¡Estás loca!

—No, pensalo. Le sacás la billetera, salimos corriendo y ganás tiempo hasta que tu hermana consiga algún trabajo. ¿Preferís dormir en la plaza esta noche? —insistió.

—No. Mirá si voy preso o si me lastiman —dije e intenté devolverle la navaja, pero ella la rechazó con un gesto.

—Ahí viene alguien. Es tu oportunidad. Le robás la billetera o vos y tu hermana duermen en la plaza. ¿Vas a dejar que Sabrina pase frío y hambre? —dijo casi en un susurro, pero con más motivación que un director técnico de un equipo que se está por ir a la B.

Me dio una palmada en el hombro y se escondió en el umbral de una casa. Apreté con fuerza la navaja. Me sudaban las manos y sentía ganas de

ponerme a llorar, pero aun así me acerqué al muchacho que caminaba distraído con la mirada perdida en su celular.

—¡Dame todo! —ordené y le acerqué el filo de la navaja a la panza.

—¡Tranquilo, pibe! ¡Tomá llevate mi teléfono!

—¡No! ¡Dame la billetera! —grité.

—Bueno, bueno, no te pongas nervioso.

—¡Dale, rápido la billetera!

El joven sacó la billetera del bolsillo de su pantalón, pero cuando estuve a punto de tomarla de su mano me empujó y salió corriendo. Maldije por lo bajo y me llevé las manos a la cabeza cuando Taly saltó sobre el muchacho, lo empujó e hizo que perdiera el equilibrio. Aprovechó la confusión para quitarle la billetera y fue a mi encuentro a toda velocidad.

—¡Corré! ¡Rápido! —gritó.

Me uní a su carrera. La adrenalina me recorría todo el cuerpo. Aunque la víctima del robo no nos perseguía, me sentía como si fuéramos Bonnie & Clyde. Supe en ese momento que si no moría pronto siguiendo a Taly en sus locuras, acabaría por enamorarme de ella.

Doblamos al llegar a la esquina y seguimos corriendo, volvimos a doblar y continuamos dos cuadras más. Cuando Taly se detuvo jadeando, la imité. Sentía que la garganta me ardía por haber estado corriendo con la boca abierta; mis pulmones clamaban por oxígeno.

—¡No estuviste nada mal! —exclamó.

La miré sin saber si me estaba cargando o si lo decía en serio.

—¿Qué decís? Si vos hiciste todo. A mí se me escapó... Además, estaba muerto de miedo.

—Vos lo habías asustado ya, por eso lo atrapé. No estuvo mal para ser tu primera vez. De verdad te digo —dijo y colocó su mano en mi brazo, aunque la retiró enseguida.

Me sonrojé y no supe qué decir.

—Mirá, tenía bastante plata y una foto de su perro. Está bonita, ¿me la puedo quedar? —preguntó mientras revisaba la billetera.

—Sí, no hay problema.

Comenzaba a sentir remordimiento por lo que acabábamos de hacer.

—Gracias. Sos un amor —agradeció con una sonrisa adorable en el rostro.

Parecía un ángel, pero empezaba a pensar que si fuéramos dibujos animados, sería como un diablillo rojo sentado sobre mi hombro.

—¿Alcanza para una noche más? —pregunté.

—Sí, para varias, y sobra un poco. ¿Puedo comprar algo de tomar?

Actuaba como si la billetera fuera mía, pero había sido ella quien la había robado y además la tenía en la mano.

—Sí, dale. Tengo sed —reconocí.

Toda la adrenalina que había experimentado hacía tan solo unos minutos había desaparecido para dejar lugar a un cansancio extremo.

—¡Vayamos al chino! —dijo con emoción.

A mí me preocupaba que el muchacho me reconociera o que de alguna forma mi hermana se enterase de lo que había hecho.

—A ver la foto del perro... —pedí.

Ella me la dio. Era un perro grande de esos que no tienen raza. Tenía cara de bueno, pero tal vez si estaba entrenado y me cruzaba con él, su dueño podría darle una orden para atacar.

—No te preocupes. Seguro que la plata que llevaba no era para comprarle la comida al perrito y, de última, tampoco importa mucho porque los perros comen cualquier cosa que encuentran en la basura.

—Bueno, me quedo más tranquilo —dije y le devolví la foto, aunque no era eso lo que me preocupaba en realidad.

La esperé durante algunos minutos sentado en el cordón de la vereda mientras ella entraba a comprar a un supermercado chino. Me sorprendió verla salir con una botella de cerveza en la mano.

—¡Mirá lo que compré! —exclamó.

—¿Cómo hiciste para que te vendieran alcohol?

—Le dije al cajero que tenía cuarenta años —explicó.

—¿De verdad?

—No, ¿cómo le voy a decir eso? Le di unos pesos de más —dijo poniendo los ojos en blanco.

Tomamos la cerveza sentados en el cordón de la vereda. No me gustó, era amarga y estaba caliente, pero tenía sed y, poco a poco, le fui agarrando el gusto.

—¿Qué le digo a mi hermana cuando quiera saber de dónde saqué la plata? —pregunté jugueteando con la botella que ya estaba casi vacía.

—Decile que ayudaste a mi mamá en la cocina —sugirió.

—No, mirá si le comenta algo y sale todo a la luz.

—Tranquilo. Tu problema es que pensás demasiado las cosas —dijo poniendo una mano en mi hombro.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba moviendo la pierna con nerviosismo.

—¿Le puedo decir que limpié el jardín de alguna de tus compañeras del colegio y que me pagaron por eso?

—Sí, dale. Decile —aceptó, me quitó la botella de la mano y terminó de beber lo que quedaba.

—¿De qué amiga?

—De Florencia.

—¿Te parece que Florencia podría mentir por mí si alguien le pregunta?

—¡Nico! —me gritó.

—¿Qué?

—No existe ninguna Florencia.

—¿Y si mi hermana quiere agradecerle o algo?

—¡Basta, Nico! ¡Dejá de darle vueltas al asunto!

Me lanzó una mirada fría y supe que no debía seguir preguntando, pero aun así estaba muy nervioso.

Taly tenía razón y aunque había inventado varios detalles de la vida de Florencia, mi hermana creyó en la historia que le conté y no pidió más información. Se alegraba de no tener que dormir en la calle esa noche.

—Perdoname, Nico. Ya voy a encontrar algo —dijo Sabrina y me dio un beso en la frente.

—No te preocupes. Igual Florencia es una chica copada y dijo que si vuelve a necesitar ayuda con el jardín me va a llamar. Bueno, no lo dijo. Más bien se lo indicó por lengua de señas a Taly, porque es muda.

—¡Qué bueno, Nico! Es interesante lo de la lengua de señas. Podrías decirle a Taly que te enseñe. Puede que te sirva para algo en el futuro —sugirió Sabrina antes de apagar la luz para ir a dormir.

Al día siguiente, Taly y yo fuimos a la plaza. Trepamos a nuestro árbol que ya se estaba quedando sin moras y aproveché para decirle:

—Che, estaría bueno aprender lengua de señas, ¿no?

—¿Qué es eso?

—Eso que hacen los mudos con las manos para comunicarse —expliqué haciendo gestos en el aire.

—¿Para qué querés aprender eso?

—Nos podría ser útil. Imaginate si algún día tuviéramos que... robar un museo, por ejemplo. Entonces, no podríamos hablar en voz alta porque alguien nos podría escuchar, pero con la lengua de señas nos podríamos comunicar. ¿Qué decís?

Pasamos los siguientes días en la biblioteca pública estudiando un diccionario para sordos. Aprendimos el abecedario y unas cuantas palabras, la mayoría obscenas.

—¡Nico, conseguí trabajo! —exclamó mi hermana una noche abriendo de par en par la puerta de nuestra habitación.

Tenía una sonrisa enorme en el rostro. Fui a su encuentro, nos abrazamos y la hice girar en el aire.

—¡Buenísimo! ¿En dónde conseguiste? —pregunté feliz por no tener que seguir consiguiendo dinero de formas deshonestas.

—En una casa. Necesitan alguien que cuide a unos nenes y que limpie. No pagan mucho, pero vamos a tener para el alquiler y si vos podés hacer algún trabajo limpiando el jardín de Florencia o lo que surja, vamos a estar re bien. ¿Qué onda la chica? ¿No te volvió a llamar?

—Sí. Me dijo justo que fuera mañana a verla que necesitaba ayuda con unas ramas. Esta vez la entendí porque Taly me está enseñando lengua de señas —mentí.

—¡Buenísimo!

—¡Sí, buenísimo! —exclamé fingiendo felicidad.

Taly me ayudó, o más precisamente, ideó todos los delitos que cometí a continuación. No estaba orgulloso de lo que hacíamos, pero en parte me gustaba la adrenalina que me generaba romper la ley. Además, amaba pasar tiempo con Taly. Mejor dicho, amaba a Taly.

Una tarde me senté en un banco de la plaza y ella se recostó apoyando su cabeza en mi regazo. Como el sol le daba en los ojos, los tenía cerrados y aproveché para contemplarla sin que se diera cuenta. Era muy hermosa. Aparté con suavidad un mechón de su rostro y el roce de las yemas de mis dedos sobre su mejilla la hizo estremecer.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó abriendo los ojos.

—Nada —dije apartando mi mano.

—Estás colorado. ¿Qué pasa? ¿Te gusto? —preguntó en tono burlón.

—Sí —me limité a decir.

Ella se levantó, me miró muy seria y me advirtió:

—Si es una broma te voy a pegar, porque...

Si bien había robado unas cuantas cosas, robarle un beso a Taly fue de lo único que no me arrepiento. Ella fue mi primer amor y aunque a veces me tentaba a tomar malas decisiones, no cambiaría por nada del mundo aquellos meses que viví con ella antes de mudarme a Salta con mi abuela. Sin Taly a mi lado me mantuve alejado de los problemas y aunque conocí a otras chicas a lo largo de mi vida, no volví a sentir un amor tan intenso, peligroso y único como el que sentí por ella.



## Capítulo 4

### Debajo de las gradas

Cuando era niña disfrutaba del colegio, no porque fuera estudiosa ni porque tuviera las mejores calificaciones, pero recuerdo que pasaba los recreos intercambiando figuritas o jugando a la mancha con mis amigas. También me gustaba enviarles notitas y dibujos por debajo del banco cuando la maestra no nos miraba. Podría decir que en ese momento era feliz.

Siempre fui un poco tímida, pero mis padres me habían enseñado que tenía que mostrarme amable con todos. Así, regalando algunos cumplidos y escuchando a los demás había comenzado a formar mi pequeño y unido grupo de amigas. Todavía conservo en mi caja de recuerdos la pulsera de amistad que solíamos llevar con orgullo. Entonces pensaba que nada nos podía separar, ni siquiera la vida.

La primera vez que vi a Santiago fue una mañana de mayo. Los diez alumnos que integrábamos el séptimo grado de la escuela nos conocíamos desde el jardín y que alguien se sumara al curso ya empezado era un suceso que no pasaba desapercibido. Era evidente por los gestos del rostro del chico que no quería estar ahí. Ignoró a todos los valientes que intentaron acercarse y las posteriores burlas que se ganó producto de su indiferencia. No me reí de él, pero debo confesar que tampoco me acerqué ni le advertí que los varones planeaban bajarle los pantalones para ridiculizarlo durante el segundo recreo.

Pasaron dos semanas y Santiago se había convertido en el blanco favorito de las burlas de todos en el salón de clases. A mí me daba pena, pero en parte me alegraba por no estar ahora en su lugar. En años anteriores me habían molestado y no se lo deseaba a nadie.

No puedo decir que no hablé con Santiago hasta pasadas las vacaciones de invierno, porque debimos haber intercambiado algún comentario casual cuando los maestros nos encargaban hacer alguna actividad en forma grupal. Incluso, una vez lo escogí para que jugara al fútbol en mi equipo y todos me abuchearon. No jugaba mal, pero era casi una ley inquebrantable siempre elegirlo como última opción.

Había poco que yo pudiera hacer por él, pero cuando le conté sobre Santiago a mi mamá durante las vacaciones, intentó convencerme de que buscara la forma de ayudarlo.

—A nadie le gusta estar solo. Seguro que se pone contento de tener una

amiga como vos.

—Pero, mamá...

—¿Cómo te sentirías si te trataran a vos como lo tratan a él?

—Mal —reconocí.

—Entonces mañana preguntale cómo está.

—Seguro que me van a empezar a cargar a mí.

—Si alguien te carga, me decís y hablo con la maestra Clara.

Debo haberla mirado con pánico porque se apresuró a decir:

—Bueno, no voy a hablar con nadie, pero prométeme que le vas a dar una oportunidad. Quizás, se puedan hacer amigos.

—Está bien, mamá —acepté porque sabía que de lo contrario no me iba a dejar en paz.

Cuando regresamos a clases me encontré con mis amigas e intercambiamos anécdotas de las vacaciones. Santiago estaba solo, como siempre que no lo estaban molestando.

—¿Saltamos la soga? —me preguntó Mariana en el primer recreo.

—No, jueguen ustedes. Después vuelvo —dije y caminé hacia las gradas debajo de las cuales Santiago esperaba que sonara el timbre para entrar al aula.

—Hola, ¿cómo estás? —lo saludé.

Me miró con desconfianza y se encogió de hombros. Esperé un momento a que dijera algo y como no lo hizo empecé a caminar hacia donde estaban jugando mis amigas.

—¡Esperá! —exclamó.

Lo miré y me acerqué con cautela.

—¿Me puedo sentar? —pregunté señalando un espacio junto a él.

Él asintió con la cabeza y yo me acomodé a su lado. Nos quedamos unos segundos en silencio y como me resultaba demasiado incómodo, intenté

sacar algún tema de conversación.

—¿Te gustaría ver mis figuritas?

—Sí.

Le enseñé el pilón de figuritas que llevaba siempre en el bolsillo del guardapolvo y como ilustraban personajes de una serie que él no miraba le fui explicando quiénes eran y de qué trataba la historia. Nos divertimos bastante, pero antes de que el recreo llegara a su fin, me enseñó el ave muerta que guardaba en el bolsillo.

Pasé toda la clase preguntándome por qué mi compañero guardaba algo tan horrible y en el segundo recreo volví a sentarme con él bajo la grada. Los demás nos miraban extrañados, pero nadie se atrevió a decirnos nada ni se acercó a nosotros.

—¿La mataste? —pregunté.

—No la maté. La encontré así y quiero abrirla.

—¿Por qué? —pregunté con una mueca de asco.

—Curiosidad —respondió con calma.

Esa tarde le conté a mi mamá que había hablado con Santiago, pero no le mencioné nada sobre el pájaro.

—Espero que puedan volverse buenos amigos —dijo.

A partir de ese día, comencé a repartir el tiempo del recreo entre Santiago y mis amigas que no entendían por qué quería pasar tiempo con él. Yo les decía que me obligaba mi mamá, pero solo para que me dejaran en paz. Lo cierto era que aunque no compartíamos los mismos intereses, Santiago y yo nos habíamos vuelto muy cercanos. Un día le confesé de quién gustaba y él compartió conmigo que su papá era policía y que a veces tomaba de más y le pegaba con el cinturón. A mí nunca me habían pegado, pero coincidí con él cuando me dijo que todo sería mejor si su padre se moría. También quería que se murieran todos los que lo solían molestar en la escuela, aunque desde que éramos amigos casi nadie lo cargaba.

Recuerdo una mañana en la que llevó una navaja y, escondidos debajo de nuestra grada de siempre, probamos el dolor haciéndonos pequeños cortes en el brazo. En el último recreo que pasamos juntos me mostró una pistola. Me dijo que era de su papá y que si se enteraba de que se la había robado, se metería en problemas. En mi inocencia creí que era de

juguete.

—Cuando suene el timbre, no entres. Quiero asustarlos a todos así no me molestan más.

Le hice caso. Recién cuando escuché los disparos fui en parte consciente de lo que ocurría. Quizás podría haber evitado la muerte de mis compañeros, de mis amigos, de la señorita Clara e incluso de Santiago que también era mi amigo. La policía dijo que tenía buena puntería, que no había balas en el techo, por lo que todos los proyectiles los tiró con la intención de lastimar. La última bala la guardó para él. Ni los sobrevivientes ni sus familiares me perdonaron jamás no haber hecho nada para detenerlo. Yo tampoco podré perdonarme. El recuerdo de ese día me va a acompañar hasta que me muera.

## Capítulo 5

La imagen de la niña suspendida en un recuerdo

Las personas que nacieron en las ciudades y crecieron viviendo allí, olvidan que existen otras formas de vivir. Sin embargo, quienes como yo han crecido en un pueblo pequeño, seguramente vivieron rodeados de supersticiones y de chismes. Deben haber jugado en la vereda con sus amigos y soñado en secreto con conocer qué había más allá del espejismo que se dibujaba en la ruta, el único camino pavimentado del lugar.

Si alguien se marcha de su pueblo, un doble sentimiento le envuelve el pecho, pero no me refiero a cuando se va a pasar unos días a la costa o a visitar a algún pariente. No, yo digo cuando uno se va para no volver. Aunque al principio, cada semana intercambia cartas con sus amigos, casi sin querer, va perdiendo el hábito, hasta que los mejores amigos se van convirtiendo en desconocidos. Al menos, fue eso lo que me sucedió, pero aún guardo con mucho cariño el recuerdo de ellos, especialmente el de Paula.

Si bien a veces las personas lo olvidan, puede existir la amistad entre chicos y chicas. Esta puede ser completamente sincera y no estar cargada de dobles intenciones. Antes del día en que mis padres decidieron que nos teníamos que mudar, Paula era mi mejor amiga.

Casi siempre, después del almuerzo, yo iba para su casa o ella venía a la mía. Los adultos me decían que estaba enamorado, pero que todavía era muy joven como para darme cuenta. Teníamos que soportar comentarios y preguntas muy tontas. Yo solía responderles arrugando la nariz o poniendo los ojos en blanco.

Paula era una de esas personas a las que uno podía contarle cualquier cosa, con la que se podía mirar el mundo juntos y encontrar detalles que nadie más podría ver. Era una chica con muchas virtudes, pero por sobre todas las cosas era mi amiga y nos entendíamos bien.

Dicen que los momentos más felices que uno recuerda están en la infancia y en la mía siempre estaba presente Paula. Aunque también me acompañaba en aquellos momentos que no eran tan felices e incluso allí ella conseguía que fueran menos tristes.

No sé si cuando alguien se muda, extraña más el que se va o los que se quedan, pero recuerdo que cuando me fui ninguna ausencia me dolió tanto como la de ella. Fue la única de todo mi grupo de amigos que no respondió a ninguna de mis cartas y quizás eso fue lo que evitó que se convirtiese en una extraña, como sucedió con los demás. Con el tiempo, las ocupaciones de la vida y las nuevas personas que entraron en ella

hicieron que casi dejara de pensar en Paula. Sin embargo, en aquellos días en que me pasaba a buscar la melancolía y me llevaba a algún recuerdo de la infancia, nuestra amistad permanecía intacta.

El próximo año yo quería ir a la universidad y, como quería estudiar en una que era católica, me pedían el certificado de bautismo. Aunque mi madre dio vuelta todos los cajones, no pudo encontrarlo. Aproveché que ya había terminado los exámenes para planificar un viaje al pueblo, seguramente en la iglesia quedaría alguna constancia de cuando me libraron del pecado original.

Era la primera vez que viajaba tan lejos sin que me acompañara alguno de mis padres. Estaba emocionado, pero también un poco nervioso. Durante el viaje pensé mucho en mi mejor amiga y en lo bello que sería reencontrarnos después de tantos años. Me imaginé su rostro en los cristales y me pregunté qué habría sido de su vida, si estaría pensando estudiar algo y si se habría enamorado.

Cuando bajé del micro, me recibió la familiar fragancia de la tierra húmeda que me recordó a las tardes en las que jugábamos al fútbol en la calle. Las casas permanecían tal y como las recordaba, como si hubieran quedado suspendidas en el tiempo.

Algunas personas me saludaron, no porque me recordaran, sino porque era la costumbre saludar a todo el mundo. Yo había cambiado mucho. Estaba más alto y mis hombros se habían ensanchado. Ahora mi voz era más grave y había conseguido que me creciera algo de barba para ocultar el acné.

Crucé el camino por el cementerio hasta llegar a la iglesia. El cura al que había conocido se había mudado a otro pueblo. El nuevo párroco era un muchacho al que recordaba de joven con el cabello largo y montado en una enorme Harley. Ya no tenía cabello ni largo ni corto y me costaba imaginarlo sobre una motocicleta.

Él no me reconoció, pero me dijo en tono amable que fuera a dar una vuelta mientras él buscaba los papeles que yo necesitaba. Mi madre me había preparado una mochila con una muda de ropa por si tenía que pasar la noche allí, pero el cura me prometió que no tardaría y que antes del anochecer podría regresar a casa.

Sin excusas para demorarme, emprendí mi camino hacia la casa de Paula. Aunque me detuve apenas un momento en el estanque para observar a un sapo saltando entre los nenúfares que brillaban sobre el agua gris.

Al llegar al portal de su casa, me sentí extraño, como si hubiera bajado de golpe sin ver que había un escalón en mi camino. Golpeé la puerta con el ritmo de la que alguna vez fue nuestra contraseña. Todos esos años sin

vernó habían pasado demasiado rápido, pero los segundos en los que estuve esperando a que apareciera y me abriera la puerta, me parecieron eternos. Por fin, giró el pestillo y sus ojos confundidos se encontraron con los míos. Sentí que el tiempo se detenía en esa mirada.

Antes de que pudiera articular palabra alguna, mi mundo se derrumbó y sentí que me partía en pedazos. Ella no estaba sola. Un muchacho al que yo no conocía colocó su mano en la delgada cintura de Paula y le preguntó:

—Amor, ¿quién es?

—Nadie, solo un chico que vivía cerca de casa cuando era pequeña  
—respondió despreocupada, pero sus palabras pisotearon los trozos en los que me había convertido.

La palabra «nadie» comenzó a repetirse de forma interminable dentro de mi mente.

—Julián, ¿cómo has estado? Hace tiempo que no nos vemos, pasaron cuántos, ¿cuatro años? —me preguntó con una encantadora sonrisa que podría derretir hasta los glaciares.

Habían pasado siete años, tres meses y veinticuatro días, pero desde luego, no era yo lo bastante memorable. Al parecer no era nadie para ella. Quizás, tan solo intentaba lastimarme por el daño que yo le había hecho al abandonar el pueblo... y a ella, pero no me quedé el tiempo suficiente para averiguarlo.

Di media vuelta y me marché en dirección a la iglesia. Iba parpadeando rápido para disimular que estaba llorando y, aunque ella me llamó, no me atreví a voltear a verla. Comprendí ese día que cuando algo es tan perfecto, como el recuerdo que yo tenía de Paula, no vale la pena intentar cambiarlo.

## Capítulo 6

Bajo el yugo de la Sharia

Escribo estas palabras con la esperanza de que alguien nos ayude. No solo temo por mí, sino que también temo por la vida de aquellos a los que amo.

Por la gracia de Alá fui bendecida con un hijo y una hija. Él trabaja y cuida de sus cuatro esposas, pero a ella su marido no le permite trabajar, a pesar de haber sido una de las últimas mujeres que pudo estudiar.

Mis hijos le temen a Dios, pero incluso más le temen a las interpretaciones de los hombres. Él disfruta comprando en el mercado, ella no tiene permitido salir de casa y si lo hace, debe ir en compañía de un hombre de la familia y tiene que cubrir su belleza con un burka.

Ella no tiene permitido hablar de los problemas que tiene en casa, pero sus moretones delatan que su matrimonio no es feliz. Él lleva a sus hijos varones a la escuela, pero a ella no le permiten manejar. Él me dijo que está preocupado por la salud de su segunda esposa porque solo otra mujer podría atenderla, pero ya no quedan médicas, dicen que las niñas no deben estudiar.

Tengo miedo por la vida de ambos, porque las leyes son muy estrictas y el mundo entero nos ha abandonado.

Él ya no es tan risueño como antes, pero ella aun si tuviera algún motivo para reír, no podría hacerlo en público, porque dicen que una mujer no debe llamar la atención. Él está orgulloso de lo mucho que su barba ha crecido, ella ya no pinta sus uñas y no muestra su cabello ni sus tobillos, no porque no quiera, sino porque no puede.

Los matrimonios siempre son difíciles, no solo los de mis hijos. A él le cuesta mucho trabajo tratar por igual a sus cuatro esposas y ella tiene miedo de lo que podría pasarle si su marido se aburre. Yo escuché cuando su esposo la amenazó con que iba a acusarla de adulterio si no mantenía la casa en orden. Si aquello sucediera, se enfrentaría a la muerte por azotamiento o lapidación, porque en un tribunal islámico jamás sería tenida en cuenta su palabra. Es suficiente la del marido y aunque hay que conseguir como testigos a cuatro hombres justos o a tres hombres y dos mujeres, muchas veces ni siquiera eso es necesario.

Siento miedo y también mis hijos lo tienen. Él dice que con un poco de esfuerzo podemos llegar a acostumbrarnos a la nueva vida que nos obligan a llevar, pero ella está segura de que nuestros días están contados. Solo es cuestión de tiempo para que mueran nuestros

conocidos, nuestros vecinos y amigos, incluso nuestra familia. Todos somos musulmanes, pero las creencias de los talibanes son diferentes, más radicales, más estrictas, mucho más sangrientas e injustas.

Mis hijos venían a casa los viernes por la noche. Escuchábamos música y bailábamos. Él tocaba el rubab y ella cocinaba ashak. Nos divertíamos, pero ahora todo está prohibido.

Después de veinte años, las sombras regresaron y el silencio reina en las calles y en los medios de comunicación. Si bien algunas personas tuvieron la suerte de poder huir de la tierra que los vio nacer, la mayoría de nosotros fuimos abandonados aquí en la tierra del miedo. Le pido al mundo que, por favor, no nos olvide. No dejen morir a mis hijos a manos de los talibanes. La vida de él es valiosa y tiene sentido, la vida de ella, aunque intenten convencernos de que no, es igual de valiosa y también tiene sentido.

## Capítulo 7

Detrás de una pincelada se esconde el mundo

El pasado, el presente y el futuro del pintor se mezclaban y se fundían en ciclótomicas fotografías dentro de su mente. Dejando volar su imaginación, decidió enfrentarse al que era el mayor miedo de muchos, pero que él interpretaba como algo completamente diferente.

El lienzo en blanco se alzaba imponente ante él. Pálido, sereno e inmutable, lo desafiaba reclinado sobre un caballete de madera. No era la primera vez que se enfrentaban, pero siempre había algo estimulante al comenzar un nuevo proyecto.

El pintor sonrió apenas al sentir el frío familiar de la virola de metal entre los dedos y en un movimiento sutil condujo el pincel por la superficie de su paleta de nogal. Tuvo cuidado de no rozar ninguna tonalidad de los óleos que había preparado con minucioso cuidado. En el borde exterior negro, blanco y luego las sombras, rojos, amarillos, verdes y azules, a los que iría mezclando y matizando con el pincel en la parte central de la paleta para lograr los tonos que deseaba.

Con el pincel en la mano, las posibilidades de su creación eran infinitas. Podía construir universos enteros con la omnipotencia de una divinidad. Podía recrear sucesos pasados que solo vivían en sus recuerdos, pero también desentrañar y plasmar lugares idílicos a los que solo él podía dar vida en sus obras.

Había tantas posibilidades que era difícil decantarse por una sola idea. Aunque pecara de vanidoso, siempre se había visto como un artista con un talento superior al de la media; la calidad estética de su hiperrealismo había merecido bastantes elogios. Sin embargo, los grandes maestros decían que aquello ya no podía ser considerado arte, puesto que la fotografía había desplazado de su podio al artista.

Si bien alguna que otra vez le habían dicho que pintaba como los dioses, el pintor era humano y los humanos tenían que comer. Sabía que los críticos consideraban que su arte estaba pasado de moda, y no tuvo más remedio que resignarse. Si quería volver a las galerías y a moverse entre los círculos de pintores, tenía que hacer una obra a la que los críticos amaran.

No fue necesario mirar la paleta para impregnar de color escarlata el pincel. Sin que su pulso flaqueara, trazó dos líneas rojas y luego completó el cuadro con un espiral violeta oscuro. Eso era todo.

El cuantioso cheque que le había reportado aquella última obra y que cobró días después, apenas le sirvió para aminorar la rabia que sentía. Al regresar desde el banco hasta su casa, se preguntó si aún quedaría alguien en algún lugar del mundo que pudiera apreciar la belleza que se escondía en el universo de la misma forma que él lo hacía.

## Capítulo 8

La sombra del silencio

Nunca olvidaré lo que Adela, mi vecina, me contó aquella tarde de febrero. Yo siempre había querido ser periodista, pero después de escuchar su historia, supe que ese sería mi destino.

Solía ir a su casa una o dos veces por semana. Me daba un poco de pena porque no tenía hijos y su marido había muerto poco tiempo atrás. Adela era una de esas personas a las que la vida las hacía cultas sin que hubieran estudiado.

Aunque nunca había aprendido a leer, disfrutaba cuando yo le prestaba mi vista para hacerlo. Algunas veces, le contaba cuentos que pedía prestados en el colegio o le leía las noticias del diario intentando imitar la voz como las locutoras de la radio.

—Cuando crezca, me iré a vivir a Buenos Aires y escribiré noticias como estas —le confesé con voz soñadora cuando llegué al final de una crónica policial que me resultó más que interesante.

—No recuerdo que nada bueno haya sucedido en ese lugar —comentó la mujer clavando sus oscuros ojos en los míos.

—¿Ha estado allí, en Buenos Aires? —pregunté con curiosidad doblando el periódico y apoyándolo sobre mi regazo.

—Sí, pero no es una historia bonita de recordar —advirtió.

—Por favor, cuénteme —le rogué, porque yo nunca había salido de Jujuy y me encantaba escuchar relatos y ver fotografías de sitios que no conocía, de ese modo podía imaginarme viajando, recorriendo el mundo.

—Diría que eres muy joven, pero he visto a niñas mucho más pequeñas obligadas a crecer de golpe... Muy bien, te lo contaré. De todas formas, sucedió hace demasiado tiempo como para que alguien salga lastimado —aceptó encogiéndose de hombros.

Ese día conocí la historia de Adela. Me marcó tanto, que muchos años después de su muerte quise dar a conocer su relato. Ella había necesitado hablar con alguien y sacarse el peso que cargó con inmerecida vergüenza durante tanto tiempo.

—Nací y crecí en una familia muy unida. Aunque éramos bastante humildes, mis padres siempre se aseguraron de que no nos faltara comida en la mesa. Sin embargo, la maldición de las personas es que siempre se

sienten insatisfechas con lo que tienen. Cuando se me presentó la oportunidad de ir a trabajar a Buenos Aires, sentí como si me hubiera ganado la lotería. Tenía catorce años y en ese momento soñaba con el futuro. Lo malo es que cuando una crece, lo único que sueña es con volver a ser una niña otra vez.

Don Leopoldo, el primo de una vecina, había llegado desde Buenos Aires para visitarla y pronto todo el pueblo estaba hablando de él. Era un hombre joven, elegante y con dinero que había montado una fábrica textil en la ciudad. La mayoría de las chicas en edad de merecer suspiraban por él.

—No sabe lo difícil que es encontrar jóvenes honestos y que quieran trabajar en la ciudad, don Luis. Si tan solo un cuarto de mis empleados fueran como la gente de acá que no busca que le den todo regalado, el cuento sería otro... —se quejó un día el hombre mientras mi padre le lustraba las botas.

—Debería contratar a algunos jujeños. Aquí casi cualquier joven estaría más que deseoso de abandonar este pueblo de mala muerte —sugirió mi padre.

Cuando nos contó sobre la conversación que habían tenido, junto con mi madre nos las ingeniamos para convencerlo de que yo era la persona indicada para trabajar en esa empresa. El hombre necesitaba empleados jóvenes que pudieran aprender el oficio y todos coincidimos en que no existían razones para no ir.

Una semana después conocí Buenos Aires. Todo me parecía increíble y no cabía en mí de tanta emoción. Don Leopoldo me llevó a una especie de bar que como era de día estaba cerrado. Nos abrió la puerta una mujer de mediana edad y él me pidió que me quedara con su amiga Marta mientras iba a hacer unos trámites. Esa fue la última vez que lo vi, pero yo era demasiado joven como para darme cuenta de lo que sucedía.

Dentro del bar había un grupo de cinco o seis muchachas. Una me preguntó cuál era mi nombre y cuántos años tenía. Cuando escucharon que solo tenía catorce años, comenzaron a conversar entre ellas, comentando que era muy pequeña. Marta, la mujer que me había recibido en la entrada, me condujo hacia una habitación y me pidió que esperara allí hasta que vinieran por mí.

Me quedé sentada en la cama durante bastante tiempo. Oscureció y comencé a escuchar sonidos que harían sonrojar a cualquier doncella. Me aferré a mi equipaje y decidí que no abandonaría esa habitación por nada del mundo. Intentaba convencerme de que solo estaba allí de paso y que

pronto vendrían por mí.

Me dormí mientras esperaba y Marta me despertó antes del amanecer con una taza de mate cocido y un pan. Le agradecí aún adormilada.

—Bueno, pero mirá que esto no es caridad. Bastante nos costó pagarte el viaje hasta acá. Además, te estamos dando techo y comida. Me dijeron que sos una chica inteligente y trabajadora, espero que valga la pena la inversión —dijo y me dio una palmada en la mejilla. Seguía sin poder entender el problema en que me había metido.

La primera persona que visitó mi cuarto fue un hombre corpulento y, aterrada de que me hiciera daño, tuve que obedecer. Cuando terminó, yo estaba sangrando y temblando. Corrí hacia un rincón de la habitación, abracé mis rodillas y comencé a llorar. No quería regresar a la cama y no podía hacer más que compadecerme de mí.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, pero minutos más tarde, o quizás horas, entraron dos muchachas un poco mayores que yo. También las habían llevado hasta ese lugar engañadas y les habían hecho daño igual que a mí. Pensé que no quería y no podía seguir viviendo así. Cualquier cosa era mejor que ese infierno, incluso la muerte.

Dormía durante el día y trabajaba de noche. La mayoría de nosotras no teníamos permitido salir del bar. Digo que trabajábamos porque nos pagaban, aunque la mayor parte del dinero se lo entregábamos a Marta a cambio de comida o de alcohol.

Alguna vez había escuchado que el alcohol podía llegar a matar a una persona. Así que ideé un plan para suicidarme. Renuncié a algunos platos de comida y conseguí muchísimo vodka. Bebí un trago y sentí que me quemaba la boca. Luego ya no fui capaz de sentir la garganta. Seguí bebiendo todo lo que pude. Lo hice durante el día, aprovechando que todas las muchachas estaban durmiendo. Me desmayé.

Me encontraron inconsciente en el suelo y de no haber sido por un cliente que era médico y me hizo un lavado de estómago, hubiera muerto allí. Tardé diez noches en recuperarme, hasta el día de hoy no soy capaz de digerir bien la comida...

—¡No puedo creer que un médico asistiera a lugares como esos! ¡Mucho menos con menores retenidas en contra de su voluntad! —exclamé horrorizada.

—Es así, mi niña. Hay personas sin escrúpulos en todos los estratos sociales. Se esconden en el anonimato que les confiere asistir a un prostíbulo y después siguen como si nada... Vuelven con sus esposas y

sus hijos, sin pensar en las chicas a las que les roban la vida...

Estar tan cerca de la muerte me convenció de que tenía que vivir, para poder contar lo que allí pasaba. Aunque casi setenta años después sigue siendo difícil hablar de eso... —dijo con la voz quebrada y yo tomé su mano entre las mías.

—Debió ser horrible... —susurré, aunque sentía que cualquier cosa que le dijera quedaría pequeña ante la fuerza de sus palabras.

—Como quería seguir viva para regresar a casa, tenía que obedecer; y si lo hacía, no me golpeaban. Había días en los que era realmente difícil cumplir la promesa que me había hecho a mí misma de mantenerme con vida. Estuve muchísimos meses allí, hasta que pude salir.

—¿Cómo escapó? —pregunté y me incliné hacia adelante para oír mejor.

—Tuve la suerte de hacer enfadar a un cliente. No sé cuál sería su profesión, pero era un hombre importante que se ponía temperamental cuando bebía de más. Me empujó contra la barra y me golpeé la cabeza muy fuerte. Deben haber pensado que estaba muerta porque me desperté en un descampado. Todo me daba vueltas, pero el dolor punzante en la nuca no era nada comparado con la felicidad que sentía por haber recuperado la libertad.

El problema es que estaba sola, en una ciudad que no conocía, sin dinero y con pánico de confiar en alguien. Afortunadamente quedaban algunas personas buenas en el mundo y aunque pasé algunas noches a la intemperie, haciendo dedo conseguí que los camioneros me fueran acercando a casa.

Llegar a Jujuy me llenó de alegría, pero también de tristeza. Todo seguía casi igual. El mundo había continuado sin mí y eso me hacía sentir insignificante.

Cuando llegué a casa, me reuní con mi familia. Abracé a mi madre y le pregunté cuánto tiempo había pasado. Me dijo que habían transcurrido dos años desde que me fui. Tenía solo dieciséis años, pero sentía que había pasado toda una vida desde que los había visto por última vez.

—¿Qué dijeron sus padres cuando se enteraron del tormento que vivió?

—Aunque pude reunirme con toda mi familia, ellos no supieron por lo que pasé. Como mujer viví cosas horribles, pero no podía contarle nada a nadie. La prima de don Leopoldo se había mudado y todos pensaban que yo había ido a trabajar a una fábrica. Sin embargo, mi madre se dio cuenta de que algo me pasaba y me presionó hasta que le conté toda la verdad. Ella se angustió mucho, pero como quería verme casada algún

día, murió con ese secreto —respondió.

—Entonces, ¿no se lo dijo a nadie más? —pregunté.

—Sí, se lo confesé a mi marido a la edad de setenta años. Pensé que si lo decía en voz alta, la culpa por no haber hecho nada para ayudar a las chicas que había conocido y todo el dolor que había sentido, desaparecerían, pero siempre están presentes, como espinas en el alma. Las mujeres que conocí y quienes las explotaban ya deben haber fallecido. Sin embargo, historias como la mía han existido siempre en distintos tiempos y distintos lugares. La sociedad tendría que cambiar, el mundo entero tendría que hacerlo... Si se empezara a hablar de eso sin que sea un tabú, las cosas podrían llegar a ser distintas. No lo sé, mi tiempo ya pasó —concluyó Adela.

Sabía que si ese tipo de cosas se seguían ocultando, el ciclo continuaría repitiéndose. Yo solo tenía catorce años, igual que Adela cuando emprendió su viaje, pero sentía que tenía que hacer algo. Ese día me prometí que no dejaría que su historia y la de tantas otras chicas a las que les robaron la vida quedaran en las sombras.

## Capítulo 9

### Cuento 9: Más que amigos

El bar estaba lleno de gente, pero encontramos una mesa para dos. Le corrí la silla para que se sentara. Me gustaba comportarme como un caballero, aunque ya me habían dicho en más de una ocasión que estaba un poco chapado a la antigua.

—¿Qué van a tomar? —preguntó el camarero.

—Un whisky para mí y una copa de brandy de jerez para la hermosa dama.

Aunque era nuestra primera cita en plan romántico, nos conocíamos desde hacía años y sabía cuál era su bebida favorita. Entonces, noté que sus ojos se llenaban de lágrimas de emoción. Era la primera vez que me refería a ella de ese modo desde que mi mejor amigo me había comunicado su decisión de convertirse en mi mejor amiga. Como fuera, esperaba que pronto dejásemos de estar en la friend zone. Después de todo, nos conocíamos mejor que nadie.

## Capítulo 10

### El temor de Mía

El corazón de Mía se aceleraba con cada respiración. Aunque tenía casi veinte años, era la primera vez que saldría con un muchacho. Había conocido a Ezequiel hacía poco más de un año. El primer día de clases en la universidad, él se había sentado a su lado y desde entonces casi nunca se separaban.

Ezequiel era guapo, inteligente y amable. Podría haberse acercado a cualquier otra joven y, sin embargo, se había fijado en ella. Era realmente difícil rechazar sus invitaciones a salir, especialmente porque a Mía le gustaba mucho. Finalmente, aceptó y en pocos minutos él se presentaría por primera vez en su puerta.

Mía recibió un mensaje en su teléfono e intentó tragar el nudo que se había formado en su garganta antes de leerlo. Se había retrasado el subte y Ezequiel tardaría un poco más en llegar. Se disculpaba por eso y le aseguraba que estarían a tiempo para ver la película de superhéroes para la que ya había sacado las entradas.

—¿Todo va bien? —preguntó Alma, la mamá de Mía, al tiempo que alzaba la vista de su taza de té.

—Solo se retrasó. Quizás puedo decirle que lo dejemos para otro día. No me siento muy bien... —dijo.

—¡Tonterías! Solo estás nerviosa, pero todo irá bien —le prometió.

Mía no dijo nada. Su mamá no comprendía lo difícil que era para ella. Él no la conocía lo suficiente. ¿Qué pasaría si no la aceptaba como era y si decidía que ya no la quería ni siquiera como una amiga?

Ezequiel era su único amigo. El colegio secundario había sido un infierno para Mía y si había tenido algún amigo en la escuela primaria, ahora formaba parte de una antigua vida. Una vida a la que había dejado lejos y no tenía intenciones de recuperar.

—¿Y si no le gusto...? No creo que funcione —preguntó sentándose a la mesa frente a su mamá.

—¿Cómo no le vas a gustar? Si no le gustaras, no te hubiera invitado a salir. Son tus propios miedos los que te juegan en contra. ¡Vas a ver que todo va a salir bien! —dijo Alma zanjando el asunto.

Mía hubiera deseado tener una pizca del optimismo que tenía su madre, pero ella era mucho más realista. Había sufrido en carne propia el acoso y la marginación. Sabía lo que era sentirse absolutamente sola. El sonido del timbre la sacó de sus cavilaciones. Atendió y la voz de Ezequiel se escuchó distorsionada al otro lado del portero eléctrico.

Se despidió de su madre y bajó por la escalera los tres pisos hasta la planta baja. No quería cruzarse con ningún vecino. Ya estaba demasiado nerviosa como para tener que soportar sus miradas que, ya fueran de desprecio o peor de lástima, siempre iban cargadas de una cuota de superioridad.

—¡Mía! ¡Estás muy guapa! —dijo Ezequiel cuando ella abrió la puerta.

—¡Gracias! —respondió en voz baja.

Ezequiel le regaló una sonrisa que remarcó los hoyuelos de sus mejillas sonrojadas y juntos comenzaron a caminar. Mía era apenas unos centímetros más alta que él. Era delgada y tenía el cabello rubio hasta la cintura, por lo que en más de una ocasión Ezequiel bromeaba diciéndole que debería ser modelo.

—¡Ay, no! ¡Ya está empezando la película! —exclamó el muchacho cuando estaban a mitad de cuadra de la casa de Mía, la cogió de la mano y jaló de ella comenzando a correr. La joven sonrió y mantuvo el ritmo de su compañero a pesar de que las sandalias le hacían daño en la parte de atrás de los tobillos.

Afortunadamente, Mía vivía a tres cuerdas del cine y la carrera contra el reloj no duró mucho. Cuando entraron en la sala ambos estaban agitados y acalorados, pero sonreían y estaban felices de estar allí.

La película acababa de empezar y los únicos lugares que encontraron para sentarse juntos no proporcionaban muy buena visión de la pantalla. Sin embargo, no importó porque ninguno prestaba atención a la película.

Ezequiel tenía los ojos verdes, pero allí, en la oscuridad, parecían color ámbar. Estaba muy cerca, tanto que Mía podía sentir su respiración sobre los labios. Cuando la besó, ella correspondió insegura. Era su primer beso y en ese instante sintió que todo a su alrededor desaparecía. Fue como si solo existieran ellos en la oscuridad detenidos en el tiempo.

Los nervios de Mía se fueron disipando y cuando Ezequiel comenzó a besar su cuello no lo detuvo. Él la deseaba y a ella le gustaban las sensaciones que él le provocaba, pero cuando sintió la mano del muchacho ascendiendo por su muslo, lo empujó bruscamente.

—¡Lo siento! —se disculpó el joven, pero era tarde, Mía ya había salido corriendo hacia su casa.

Al llegar a la vereda, entornó los ojos enrojecidos. La luz del sol le hacía daño, pero no tanto como esa voz en su cabeza que se burlaba de ella por creer en su corazón y en las palabras de su madre. Nada estaba bien. Nunca sería como las demás. Nunca encontraría el verdadero amor como las princesas de los cuentos.

—¡Mía! ¡Esperá! ¡Lo siento! ¡Fui un idiota! —gritaba Ezequiel intentando alcanzarla.

La joven no se detuvo y llegó hasta la puerta de su edificio mucho antes que Ezequiel. Cerró la puerta detrás de ella y subió los tres pisos hasta su departamento. Su mamá dejó caer el tubo del portero eléctrico en cuanto la vio. Dijo algo, pero Mía no la escuchó. Se encerró en el baño llorando y respirando con dificultad.

Su mamá golpeaba al otro lado de la puerta gritando su nombre mientras el timbre no dejaba de sonar.

Se desnudó evitando mirar su cuerpo. Se odiaba a sí misma. Especialmente ahora que se había permitido pensar por un instante que podría ser feliz... que por fin podría amar y ser amada. Abrió el agua de la ducha. La dejó correr mientras rebuscaba en el botiquín de primeros auxilios y encontró lo que buscaba.

Entró a la ducha con las tijeras en la mano y llevó sus ojos hacia aquella parte de sí que tanto odiaba... que tanto temía. Mordió un peine pensando que podría evitar gritar, pero en cuanto comenzó a cortar y el agua se tiñó de rojo, su grito profundo desgarró el aire.

—¡Mía! —gritó su madre en el pasillo una y otra vez, desesperada e intentando derribar la puerta.

Mía siguió cortando, presa del pánico y del dolor. Aquella cosa había llegado al mundo con ella, pero era momento de que se fuera para que pudiera ser, de una vez y para siempre, completamente Mía. Aunque se desangraba, agonizante, iba a irse siendo Mía, a pesar de haber nacido como Iván.

## Capítulo 11

### El juego de Freydis

Freydis se sentó en la tierra húmeda y se envolvió en su capa. Llevó sus ojos hacia la crepitante hoguera donde el Gran Damon revolvía un caldero. El aroma de la comida que el enorme hombre estaba preparando produjo violentos espasmos en el estómago vacío de la muchacha. Habían caminado durante todo el día buscando aquellas extrañas flores cuyas hojas eran de color ámbar; los mercaderes solían pagar una buena cantidad de monedas de plata por cada una.

Vilius, por su parte, alegraba el ambiente con su laúd. Freydis amaba escucharlo tocar, pero jamás lo reconocería en voz alta. Lo último que necesitaba el grupo era que el ego del semielfo creciera aún más.

—¡Date prisa con la cena! —se limitó a decir Freydis, que aún no lograba comprender por qué el Gran Damon, ataviado tan solo con un taparrabos de piel de lobo, no sentía ni una pizca de frío.

El enorme hombre gruñó a modo de respuesta. Nunca había sido una persona de muchas palabras, pero a la joven no le importaba. La fuerza bruta que demostraba al pelear y su destreza para la cocina compensaban su poco talento para las conversaciones.

Un ruido en la espesura captó la atención de Freydis. No estaban solos. La joven le hizo un gesto a Vilius para que guardara silencio. El muchacho bajó el instrumento con cierto dejo de tristeza en la mirada. No sería la primera vez que su compañera se enfadaba de repente al escuchar su melodía, era mejor no tocar ciertas canciones en presencia de ella. Sin embargo, en ese momento era completamente diferente, algo los acechaba en la oscuridad.

—¡Escuchen! —advirtió la muchacha apenas moviendo los labios.

El crujido de una rama confirmó lo que había temido. Freydis buscó la empuñadura de sus dagas que le proporcionaban cierta sensación de seguridad. El Gran Damon levantó del piso su pesado garrote. Mientras que Vilius comenzó a preparar su arco con sigilo.

Pelear con el estómago vacío no era lo ideal, pero algo los amenazaba y no parecía dejarles opción. Lobos hambrientos o un puñado de bandidos, nada se resistía a la posibilidad de una cena caliente. El Bosque Negro también tenía sus trucos y los animales que vivían en él no eran fáciles de atrapar.

Freydis se puso de pie, pero no pudo evitar marearse a causa del hambre. Le alegró comprobar que sus dos amigos ya estaban listos para hacerle frente a lo que fuera que se acercara. Un rugido en otro punto del bosque delató no solo que los enemigos no eran humanos sino que también los estaban rodeando.

—¡Maldición! —exclamó Vilius.

Un instante después, la tenue luz de la luna iluminó el crespo pelaje de cinco perros grises.

"Al menos, no son lobos", pensó Freydis tensando su cuerpo para atacar.

Uno de los canes saltó sobre ella que reaccionó agachándose y alzando sus dagas para hundirlas en el abdomen ceniciento del animal, cuyo pelaje se tiñó de carmesí. Por desgracia, era demasiado grande y sus fauces alcanzaron el brazo izquierdo de la joven, que cayó de espaldas sobre la hojarasca.

Los gritos y ladridos alrededor de Freydis indicaban que sus compañeros también estaban librando encarnizadas luchas contra las bestias. "Si tan solo hubiéramos podido comer, habríamos renovado fuerzas y esta lucha sería mucho más sencilla", pensó la muchacha mientras gritaba de dolor al sentir cómo el animal desgarraba su piel y hundía los colmillos en su carne.

No pudo evitar el grito, pero hizo un esfuerzo para incrementar la presión de su daga en el abdomen blando del perro, que aminoró la fuerza que ejercía con sus fauces. Freydis había soltado una de sus armas, pero se aferró con todas sus fuerzas a la daga que sostenía con la mano derecha. Hurgó en el interior de su enemigo hasta que sus fuerzas flaquearon y la soltó.

Freydis sonrió al sentir que el perro dejaba de moverse y se obligó a hacer un esfuerzo para quitarse al animal de encima. Mientras empujaba el pesado cuerpo, la sorprendió otro de los perros por la espalda. Se dispuso a girar, pero fue demasiado tarde porque sintió la mandíbula de la bestia cerrarse sobre su nuca.

Lo que sucedió después fue muy confuso para la joven. Pensó que debía haber muerto porque se encontraba en un lugar completamente extraño para ella. Era posible que estuviera en el mismísimo reino de los muertos. Nunca había visto nada igual.

Freilys estaba sentada en una mesa en compañía de tres hombres a los que no conocía, pero que al mismo tiempo, le resultaban vagamente familiares. Por fortuna, ninguno le prestaba atención a la joven. Los tres tenían la mirada fija en una especie de tablero que contenía un mapa

dibujado y algunas estatuillas de arcilla.

Había algo en dos de los muchachos que le recordaba a sus mejores amigos. Esperaba que el Gran Damon y Vilius hubieran tenido más suerte que ella. Una idea bastante descabellada surcó la mente de Freydis: tal vez sus amigos también habían muerto y estaban allí en su eterna agonía. Descartó la idea enseguida. No eran ellos. Se fijó en el tercer hombre. No lo había visto antes, pero tenía un aura mística, como si de una deidad se tratara.

Ninguno de ellos estaba armado y vestían ropajes de tela muy extraños. Los aposentos en los que estaban eran muy diferentes al Bosque Oscuro. No había rastros de los perros ni de la naturaleza salvaje que los había rodeado hasta hacía unos segundos. A decir verdad, las únicas plantas que había en aquel recinto estaban capturadas en macetas y parecían inofensivas.

El corazón de Freydis dio un salto cuando el hombre con halo de deidad habló dirigiéndose a ella:

—Tirá para ver si vivís o morís.

Los otros dos sujetos la miraban.

Freydis no entendía qué era lo que estaba sucediendo. Llevó instintivamente las manos hacia su cintura, pero sus dagas no se encontraban allí. "Maldición", pensó. Tendría que enfrentarse mano a mano con esos hombres que, aunque no parecían armados ni estaban en forma, la superaban en número.

—¡Tirá el dado! —exigió aquel que solo podía ser el Dios de la Muerte.

Freydis buscó desesperada sobre el tablero y distinguió un dado traslúcido de veinte caras. Lo cogió intentando controlar el temblor de su mano. Miró a los enigmáticos seres antes de lanzar el dado sobre el tablero.

—Tenés que sacar más de diez para no morir —escuchó antes de que su mirada se tornara borrosa.

—¡Ahhh! —se quejó Freydis llevándose una mano a la nuca.

Sentía un dolor pulsante tanto en el brazo como en la nuca, pero lo que más le preocupaba eran los filosos dientes del animal sobre ella. Podía oler el aliento putrefacto de la bestia que cada vez estaba más cerca de su rostro. Tanteó con las manos la tierra húmeda a ambos lados de su cuerpo y sintió el frío metal de una de sus dagas. La cogió con rapidez y la asestó de lleno en el costado derecho del perro, pero no sin antes sentir su feroz y dolorosa mordida en el cuello. Se quedaron así durante algunos

instantes. Era como un tético abrazo en el que humana y animal se quitaban la vida mutuamente.

El dolor desapareció, pero aquel extraño lugar emergió nuevamente ante los ojos de Freydis que parecía haber sido catapultada hacia el mundo de los muertos. Otra vez aquel misterioso recinto... una vez más aquellos extraños humanos. Nuevamente estaba sentada ilesa frente a la mesa del tablero.

—¿Se murió? —preguntó uno de los seres con una voz aterradoramente similar a la de Vilius.

—Dejémoslo al azar —dijo quien Freydis asociaba al Dios de la Muerte pasándole el dado de veinte caras con una sonrisa perturbadora en el rostro.

Ella apretó los ojos con fuerza. Tenía que estar soñando. Era un mal sueño seguramente ocasionado por la saliva envenenada del can del Bosque Oscuro.

—Mejor dejémoslo para la semana que viene. Quedé en ir a nadar con unos amigos —dijo el tercer hombre que portaba la inconfundible y exótica voz del Gran Damon.

—Bueno, sigamos la semana que viene... —aceptó el Dios de la Muerte poniéndose de pie y comenzando a retirar las estatuillas del tablero.

Freydis no lo había notado hasta el momento, pero aquellas figuras hechas de un material similar a la arcilla representaban no solo a cinco lobos, sino también a tres personas... una de las figuras era ella misma y las otras dos eran sus amigos.

—¡No! —gritó y los tres hombres la miraron confusos.

—¿Qué pasa? —preguntó el Dios de la Muerte poniendo con ternura su mano sobre el hombro de la joven, que no pudo evitar estremecerse ante su contacto.

—Voy a tirar de nuevo el dado... para... revivir —dijo ella con un hilo de voz.

—Bueno, pero rápido... me tengo que ir —se quejó uno de los muchachos.

Freydis tiró el dado y lo vio rodar sobre la madera de la mesa hasta que se detuvo en el número tres.

¿Eso significaba... que había muerto?

¿Acaso se tendría que quedar para siempre en aquel extraño lugar?

—No te preocupes... Después te ayudo a crearte otro personaje —prometió el Dios de la Muerte restándole importancia y besó la comisura del labio de Freydis, que estaba demasiado confundida como para reaccionar.

—¡Hasta la semana que viene!

—¡Nos vemos!

Los seres que contenían parte de la esencia de quienes alguna vez habían sido sus mejores amigos se despidieron. Sin embargo, Freydis continuaba paralizada.

—Les voy a abrir la puerta a los chicos. Mientras tanto, Pensá qué personaje te vas a crear... quizás una enana esta vez —sugirió el Dios de la Muerte rompiendo unas hojas escritas con caracteres que Freidys desconocía.

La joven observó a los tres hombres salir por una puerta blanca y se quedó sola en compañía de sus miedos. Cogió temblando la estatuilla que la representaba y la acercó a sus ojos. El escultor había logrado captar hasta los más mínimos detalles de su rostro. Era espeluznante.

Dejó sobre la mesa su figura y desplegó el tablero, una especie de pergamino que contenía un mapa detallado del Bosque Oscuro. Encontró una bolsa de tela negra, y al vaciarla, cayeron varias estatuillas. Freydis estaba segura de que conocía a varias de las personas a las que representaban. Distinguió a la anciana que le había indicado el camino hacia la flor que había estado buscando esa misma tarde.

No lograba recordar casi nada acerca de su vida. Sabía que el Gran Damon y Vilius eran sus mejores amigos. Sin embargo, no recordaba cómo se habían conocido. Daba por sentado que los tres habían vivido muchas aventuras juntos, aunque en ese momento su memoria no podía dar forma a ninguna de ellas.

—No puede ser... —dijo Freidys sintiendo que su cabeza estaba a punto de estallar y se dejó caer sobre una silla.

La joven recordó las palabras del Dios de la Muerte y sopesó la posibilidad de que dijera la verdad. ¿Acaso sería posible regresar a la vida, pero esta vez no como la bella Freydis, sino como una fuerte enana guerrera? No sabía qué nuevas aventuras tendría preparado el destino para ella, pero comenzaba a aceptar que era hora de dejar ir a quien alguna vez había

sido.

## Capítulo 12

Hacia el horizonte

De mi abuela heredé la risa, el cabello ondulado y la facilidad para encontrar problemas. No es que los buscáramos a propósito, más bien ellos solían venir a nuestro encuentro. Una vez salimos a navegar al alba en su bote a remo y nos atrapó la niebla. No sé bien qué sucedió, pero algo nos robó uno de los remos y al usar el otro para defendernos también lo perdimos. Regresamos a la costa sin ninguno, impulsándonos con las manos y una historia que nadie creyó.

Cuando cumplí los siete años vi junto a ella mi primer fantasma. Se presentó como un destello blanco que solo duró un segundo, pero la abuela me aseguró que era el alma del abuelo que, como la echaba de menos, a veces bajaba del cielo a visitarla y a la isla de Tabarca. No solo vivíamos aventuras paranormales, también me contaba cuentos como suelen hacer todas las abuelas. A veces, pescábamos algunos moluscos con los que después preparábamos la cena. Un día ella distinguió la cola de una sirena en el agua, pero yo no alcancé a verla porque estaba atándome los cordones justo en ese momento.

Cuando mis padres me dijeron que con motivo de mi onceavo cumpleaños podría ir a pasar unos días a la isla con mi abuela, me puse muy feliz. Siempre nos divertíamos mucho juntas y esperaba que ese año no fuera la excepción. Sin embargo, al llegar noté a mi abuela cansada, más pensativa y la piel de su rostro parecía un pergamino con un centenar de dobleces. No podía creer que hubiera cambiado tanto si tan solo habían pasado algunos años.

—¿Colocamos la red y vemos si podemos capturar a la sirena? —le pregunté con entusiasmo el primer día.

—Hoy no —se limitó a responder mi abuela.

—¿Buscamos indicios cerca de la muralla para ver si algún pirata dejó enterrado un tesoro?

—Quizás otro día —respondió.

—Entonces, ¿qué haremos hoy? —pregunté, comenzaba a sentirme frustrada.

—Sígueme.

Mi corazón se aceleró, moría de ganas por saber con qué aventuras nos encontraríamos. Después de todo solo tenía siete días para estar con ella

y no sabía cuándo podría regresar. La seguí a paso lento hasta llegar al acantilado y cuando ella se sentó yo me acomodé a su lado.

—¿Vamos a nadar? —interrogué moviendo mis pies que colgaban del acantilado.

—Hoy no —dijo y luego llevó su dedo índice hacia sus labios para indicarme que debía guardar silencio.

Obedecí, pero a medida que iban pasando los minutos mi ilusión se fue desvaneciendo. Estaba aburrida, mis piernas se habían dormido y tenía hambre, también un poco de sueño.

Al día siguiente mi abuela volvió a llevarme al acantilado. Contemplar el mar Mediterráneo era hermoso, pero después de varias horas resultaba aburrido e insoportable.

—¿Te gustaría ir a visitar la casa del francés? —dije señalando una vivienda blanca con puerta azul que daba al acantilado.

—No.

—¿Puedo ir yo sola?

Volvió a negar, pero esta vez con la cabeza.

Suspiré y me recosté sobre el suelo rocoso.

—¡Mira! —exclamó mi abuela señalando hacia el mar.

Me senté y miré, las ondas en el azul del agua provocadas quizás por un pez muy grande.

—¿Qué viste, abuela?

—Si no fueras tan distraída, lo habrías visto. Quizás mañana tengas suerte —me dijo en tono de reproche.

El día siguiente fue igual de aburrido. Comenzaba a arrepentirme de no haberme quedado en casa jugando juegos de video en la computadora. Estaba a punto de decirle a mi abuela que si no hacíamos algo iba a enloquecer, cuando vi aquello que quería mostrarme. No podía creerlo.

—¡Santo Dios! —exclamé.

—Silencio o la asustarás —advirtió casi en un susurro.

La cabeza gigante de una tortuga acababa de emerger de las profundidades. Un pequeño temblor en el suelo me obligó a aferrarme al borde del acantilado para no caerme. Solo hablé cuando la cabeza gigante de la tortuga desapareció debajo de una ola y no volvió a salir a la superficie.

—¿La isla entera es una tortuga? —pregunté con incredulidad.

—Así es, y desde hace un año avanza unos centímetros al mes. Esperaba que no regresaras a tu casa sin que pudieras verlo tú misma.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Solo puedo especular, pero creo que va en busca de otra isla.

—¿Tú crees?

—No lo sé, pero sería lindo que naciera un nuevo archipiélago.

## Capítulo 13

### Una botella en la orilla

Había vivido apenas nueve primaveras cuando decidí que mi vida estaba en el mar. No fueron ni las historias de piratas que me contaba mi abuelo, ni los veranos que pasé con mis padres en las costas de arenas doradas. No, mi sueño empezó a gestarse cuando encontré una botella en la orilla.

Después de tantos años, aún recuerdo con claridad ese momento. Ocurrió al atardecer y la brisa parecía haberse detenido solo para mí. El mar calmo reflejaba como un espejo el cielo que poco a poco pasaba de un pálido rosado a un violeta profundo, mientras que la silueta de un barco se recortaba contra el sol que se perdía en el horizonte.

El verano había terminado y con él mis vacaciones. Mi madre me había permitido bajar del auto y correr playa abajo para despedirme del mar. Después de todo, no lo vería hasta el año siguiente.

Miré a mi alrededor, quería encontrar alguna caracola para llevarme de recuerdo, pero hallé un trofeo mucho mejor. Distinguí el cuello de una botella que yacía envuelta en algas y medio cubierta por la arena. Me acerqué con cautela y luego de comprobar que no había nadie que me pudiera ver, la desenterré.

Cuando descubrí que la botella contenía un mensaje dentro, mi corazón dio un brinco de alegría. Cerré los ojos deseando con toda mi alma que se tratara del mapa de un pirata e imaginé todo lo que podría comprar cuando desenterrase el tesoro.

—¡Tenemos que irnos! ¡Date prisa! —gritó mi madre que esperaba reclinada sobre la puerta del auto.

Escondí la botella dentro de mi mochila, miré el mar para despedirme y emprendí mi viaje de regreso.

—¿Encontraste algunos caracoles? —preguntó mi padre una vez que el auto comenzó a ganar velocidad.

—Sí —mentí.

No quería contarles sobre la botella que había hallado. No es que no confiara en mis padres, pero el mar me había dado ese regalo y sentía

que era algo que tenía que quedar solo entre nosotros.

Durante el viaje fantaseaba acerca de lo que el mensaje podría contener. Si no era el mapa de un pirata, quizás se trataba del pedido de auxilio de un náufrago atrapado en una isla desierta o una carta de amor de una dama al otro lado del mundo.

Llegamos a mi casa después de un viaje que me pareció eterno. Corrí escaleras arriba y me encerré en mi habitación. Vacíé la mochila sobre la cama. Ahí estaba la misteriosa botella con su mensaje escondido, rodeada de arena. Sin perder más tiempo, le quité el corcho y la sacudí para recuperar las hojas que aguardaban enrolladas dentro de ella.

No tenía entre mis manos el mapa de un pirata, pero sin embargo era un hallazgo muy interesante. Comencé a leer las notas y quedé maravillado. Se trataba de las bitácoras de un capitán de un barco real llamado Aguamarina. No cabía en mí de tanta emoción.

Como si de un diario íntimo se tratara, el capitán había ido describiendo todos los sucesos relevantes que ocurrían durante sus días en el mar. Había sorteado tormentas que levantaban olas tan grandes como buques enteros y había explorado islas perdidas que no figuraban en los mapas. Incluso, en una ocasión, había escuchado el canto de las sirenas.

La bitácora contaba con quince hojas escritas por ambas caras con la pequeña y apretada letra del capitán. Me llevó tres noches leer la historia completa y la releí por lo menos cien veces a lo largo de mi vida.

A medida que crecía, me interesé en la cartografía y en la navegación. Incluso tracé mis propios mapas basados en las descripciones de las notas que había encontrado en la botella cuando era niño. Nunca compartí aquel secreto con nadie, era algo que me unía con el mar y que nadie más podría llegar a entender.

Al crecer, cumplí mi sueño. Me convertí en capitán y bauticé mi barco Aguamarina en honor al hombre que había hecho inmortales sus vivencias al guardarlas en una botella que la marea arrastró. Me fui moldeando a la sombra del capitán y seguí sus pasos.

Aguamarina me guio por lugares inimaginados sobre olas azul y plata y el mar se convirtió en mi hogar. La tripulación cambiaba con el paso del tiempo, el amor iba y venía así como van y vienen las olas, solo mi barco, el mar y la bitácora que había encontrado en la arena permanecían siempre conmigo.

Un marinero me dijo una vez que el mar siempre devolvía a la costa todo lo que se llevaba, incluso los recuerdos, incluso a nosotros. Sin embargo, me gustaba pensar que cuando muriera mi cuerpo descansaría entre algas

y corales y mi espíritu sería libre para recorrer las profundidades de aguas negras.

Cuando llegó el momento, no tuve miedo ni sentí tristeza. Aunque la tripulación se apretujaba y golpeaba intentando subir a los botes salvavidas, tomé la decisión de que me sentaría en mi escritorio a disfrutar de una copa de buen vino. Me hundiría tranquilo junto con mi barco y, así como Aguamarina, mis pulmones se bautizarían de agua y sal.

Enrollé las hojas que estaban amarillentas por el paso del tiempo. Las besé, porque gracias a ellas había vivido una vida plena, y las introduje con cuidado en el interior de la botella de vino que acababa de terminar. Me aseguré de que el corcho estuviera bien colocado y con el agua hasta las rodillas me dirigí hacia la proa del barco.

Los botes salvavidas se perdían en la distancia. El mar estaba sereno y la brisa había dejado de soplar. Sonreí al recordar aquella tarde en la playa cuando había encontrado una botella en la arena. Llevé mi mano hacia atrás y arrojé la botella lo más lejos que pude. La vi flotar mientras me hundía. Volví a sonreír porque sabía que alguien encontraría el mensaje y podría llegar a ser tan feliz en el mar como yo lo había sido.